ARTURO PEÑA LILLO

LOS ENCANTADORES DE SERPIENTES

(Mundo y Submundo del Libro)

Lectulandia

Este libro fue redactado, impacientemente, en pocos meses; pensando durante gran parte de nuestra vida. No se trata exactamente de un libro sobre libros, como hay tantos y como lo es —salvando el abismo— el de Cervantes cuya ácida crítica al idealismo del siglo XVII, la realiza a través de un hombre —*Don Quijote*— ya, en ese entonces, perturbado, —alienado, diríamos ahora—, por la literatura. A casi cuatrocientos años del suceso, el signo de la literatura y por extensión, del libro, como supuesto cultural, es el delirio hecho dimensión, cantidad y volumen; como es el tamaño de los edificios, la velocidad de los aviones, la cifra de la producción, y la de los hambrientos.

Lectulandia

Arturo Peña Lillo

Los encantadores de serpientes

Mundo y Submundo del Libro

ePub r1.1
orhi & GONZALEZ 01.04.15

Título original: *Los encantadores de serpientes*
Arturo Peña Lillo, 1965

Editor digital: orhi & GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A
Víctor, frustrado en un sueño eterno.

A
Laura Marta, que reencarnó la esperanza.

J U S T I F I C A C I Ó N

Este libro fue redactado, impacientemente, en pocos meses; pensando durante gran parte de nuestra vida. No se trata exactamente de un libro sobre libros, como hay tantos y como lo es —salvando el abismo— el de Cervantes cuya acida crítica al idealismo del siglo XVII, la realiza a través de un hombre —Don Quijote— ya, en ese entonces, perturbado, —alienado, diríamos ahora—, por la literatura. A casi cuatrocientos años del suceso, el signo de la literatura y por extensión, del libro, como supuesto cultural, es el delirio hecho dimensión, cantidad y volumen; como es el tamaño de los edificios, la velocidad de los aviones, la cifra de la producción, y la de los hambrientos.

La maquinaria cultural *compuesta por "usinas" de pensadores, empresas difusoras, editoriales elefantiásicas, equipos de escritores, con la resultante montaña de publicaciones, tritura el espíritu del hombre de nuestros días, manifiesto en un tipo de "enfermedad social" incluida en la psicología patológica*: la neurosis del lector. *El hombre, intelectualizado, ha invertido el sentido de la vida: vive para leer; no lee, para vivir: es ese personaje ensimismado, al que la realidad diaria le produce estupor*.

Llegado al libro, no por azar, pero sí huérfanos de los instrumentos que capacitan para realizar una labor lúcida y eficaz, hemos debido malgastar años para explicarnos cosas que se comprenderían, tal vez, en pocos meses; una de ellas es querer participar en el juego cultural del país de manera ingenua, sin tener en cuenta que intereses más pragmáticos, ocultos, enmascarados o disimulados, juegan solos este partido. Probablemente incida el hecho de que el hombre no puede abarcar más, que la realidad inmediata que lo rodea. Más allá empieza a ser metafísica. Hipótesis. Presunción. Es cuando se comprende el servilismo, la degradación o la mixtificación editorial. Si lo hemos evitado, es porque un hombre no debe publicar un libro, por el que sienta vergüenza al colocarlo en la biblioteca de su hijo. Pero las tentaciones del negocio fácil y rápido, hacen presa de muchas personas que no atinan a compatibilizar el oficio con la dignidad; las penurias económicas, las acechanzas, en que la cárcel no pocas veces constituyen las únicas y forzadas vacaciones, no pueden conformar una sana vocación. Mas el oficio de dar curso a las ideas, no está hecho para quienes aspiran a la certidumbre de que el repiqueteo del timbre de calle obedece al lechero y no a la policía. En esta seguridad está implícita la complacencia, lo convenido, el acuerdo o el conformismo.

Posiblemente este libro sea la respuesta reflexiva a muchos interrogantes, abiertos durante nuestro trabajo. Una paradoja atribuida a Bernard Show,

sostenía que: "no había nada mejor para aprender, que enseñar". En estos anhelos circulares, hemos producido la presente labor que no pretendemos original; sólo un esfuerzo para replantear, desde el ángulo profesional y dentro de nuestras magras posibilidades, compensadas por un enorme entusiasmo, la neta diferenciación de la cultura concreta y real, de la abstracta y de las aberraciones y la parodia que se hace de ésta, al ser arrastrada por el caudaloso río de su industrialización.

De advertirse cierto descreimiento inevitable, no debe cargarse a la cuenta de lo irrespetuoso; la proximidad reduce a su justa proporción los cuerpos agigantados por las sombras que proyectan, sobre todo si se coloca la luz a los pies de ciertos enanos.

No negaremos que hemos superado la tilinguería conceptual del libro, como imagen excelsa de la sabiduría humana; hay personas, que se persignan al hablar de muertos, como hay las que ponen los ojos en blanco, al hablar de libros; esta religiosidad ha causado sus víctimas entre nosotros, al aceptar sin examen ni juicio crítico, cuanto se envasó como pócimas rotuladas de cultura, en vez de llevar el cráneo y las tibias, con su correspondiente leyenda: veneno.

Por último queremos recordar la pregunta que nos hiciera un amigo —excelente escritor que purga penitencias impuestas por los "bastoneros" de la cultura— al concluir la lectura de este "original": "¿Se lo perdonarán?". Posiblemente, no. Pero es muy posible, que más allá de los intereses de grupos profesionales, gremiales, financieros e ideológicos, que no perdonan la independencia, se hallen los intereses de muchas personan animosas, dispuestas de buena fe a intervenir en este quehacer, inquietante de por sí; el de jóvenes que quieren incorporarse a una auténtica labor intelectual; el del lector anónimo, desorientado, entregado de pies y manos, a la sugestión de la letra impresa, a la hipnosis de la palabra escrita, al encantamiento de los flautistas, que pretenden, como los monederos falsos, pasar por cultura cualquier cosa.

A. P. L.

Morón, diciembre de 1964.

Capítulo I

EL LIBRO EN LA ARGENTINA

LA IMPRENTA EN EL RÍO DE LA PLATA - EL COMERCIO DEL LIBRO - LOS PRIMEROS LIBREROS - LIBREROS EDITORES - GRÁFICOS EDITORES - AUTORES EDITORES - LA EDITORIAL ARGENTINA AL ESTADO "QUÍMICAMENTE PURO" - MOMENTOS ESTELARES DEL LIBRO ARGENTINO.

¿FUNCIÓN SOCIAL O ARTE? En el Río de la Plata el primer libro —*Martirologio Romano*, año 1700—, aparece naturalmente diríamos, ya que se gesta entre el "original" y la prensa y nace prescindiendo de la asistencia del "partero", que es el editor[1] a igual que la Biblia de Guttenberg. A cada instante y especialmente deslizado en los discursos donde se rinde homenaje al libro, se expresa el lugar común de que la historia del libro, es la historia de la cultura. Creemos nosotros que tal enunciado es tan cómodo como falso. Tanto la imprenta, como el libro y posteriormente la editorial, es la industrialización en escala nacional e internacional, de la cultura. La necesidad de comunicación o captación que es la necesidad de culturar, como dirían los técnicos, da origen a la imprenta[2] como más tarde a la empresa editorial.

Ya en plena Colonia, La Real Imprenta de los Niños Expósitos —año 1780— da a luz, bandos, periódicos y libros. Un antecedente de gestión de editor lo tenemos con Mariano Moreno que traduce y prologa *El Contrato Social* de J. J. Rousseau imprimiéndose en la Real Imprenta donde también haríase la "Gazeta de Buenos Aires" bajo la inspiración del mismo Mariano Moreno. De esa época existen trabajos de índole histórico sobre la imprenta y sus impresos tan exhaustivos y eruditos, como son el de Félix de Ugarteche, Furlong, Torre Revello, Buonocore, Toribio de Medina y, últimamente, el de Rosarivo; pero estos trabajos nos dan con más propiedad una historia del "arte tipográfico" que de la imprenta propiamente dicho. Furlong es quien con más exactitud titula su libro, *Orígenes del arte tipográfico en América*, pues es la invención de los tipos movibles que hace el mérito de lo llamado, generalmente, imprenta y no el acto de "prensar" que es el hecho más antiguo del hombre, puesto que lo realiza desde el momento de su presencia sobre la tierra, imprimiendo sus huellas.

Es por lo tanto, la tipografía la parte fundamental de la imprenta y la que hace a la belleza del arte gráfico. A esta cualidad se refieren en sus libros, invariablemente, los autores anteriormente citados. Sus estudios son nostálgicas exaltaciones de un arte exquisito por lo que tiene de arcaico, minoritario y raro. Hoy mismo tenemos el ejemplo de la imprenta Colombo, cuya artesanía y colofón certifican por sí misma la calidad del impreso y su colocación entre los bibliófilos, siendo la bibliofilia la que

destaca ante todo y por sobre todo, el arte tipográfico; en tanto a nosotros nos interesa el hecho de imprimir. Hecho que da la dimensión y trascendencia social del libro, el periódico o el folleto.

LAS PRENSAS. Es asombroso constatar que la Real Imprenta de los Niños Expósitos desde el año 1780 a 1825 en que se transforma en Imprenta del Estado, haya publicado más de 870 piezas, según Toribio de Medina. A esta cifra debe agregársele las publicaciones hechas por otras imprentas que funcionaron por aquella época: Imprenta del Sol, de la Independencia, de M. J. Gandarillas, de Alvarez, Phocion, del Comercio, Hallet y Argentina. Pero si esta actividad asombra, no es menos cierto que sus alcances sociales son insignificantes por sus reducidísimos tirajes, cuya razón la hallamos en una circunstancia que a menudo, por no decir siempre, se obvia o soslaya por un espíritu de exclusivismo o refinamiento: el método o sistema de impresión. Las prensas usadas en esa época son las llamadas a "tornillo", tan primitivas como la que originalmente usara Guttenberg 300 años antes; lo que hace de la impresión una tarea engorrosa, lenta y abrumadora, con el consiguiente encarecimiento de su producción. Recién la primera máquina impresora a "vapor" construida por Robert Hoe en 1839 en EE.UU. es traída al país y el primer impreso que se conoce hecho por esta máquina es "La Gaceta Mercantil" 6596, que sale a la calle el 1.º de Octubre de 1841[3]. Suponemos que esta máquina es la inventada por Koening en 1801 con la que se imprimiera el "Times" en Inglaterra y que, erróneamente, Raúl M. Rosarivo le atribuye su introducción al país, en 1864, a Guillermo Kraft[4].

Esta "rotativa" que movería a risa al impresor más modesto de nuestros días, denuncia claramente el arcaísmo de la imprenta hasta ese momento, que hace imposible una industria gráfica y menos aún editorial. La importancia que tuvieron las publicaciones de esa época están en relación directa con la minoría letrada y dirigente de entonces; las tiradas de los periódicos no pasan de quinientos ejemplares y la de los libros van de los 50, 100 y 200 ejemplares, variando estas cifras de acuerdo al interés probable de los mismos. Al filo del siglo XX las ediciones de Casavalle no exceden los 300[5].

IMPRESORES EDITORES. Con Carlos Casavalle (1853), Coni (1854), Kraft (1864), Peuser (1867), Igon (1868), Estrada (1871), Lajouane (1877) y Moen (1885), fechas todas éstas que marcan la iniciación de sus actividades industriales o comerciales, podemos decir que comienza a germinar la industria editorial en el país. Pero también debemos decir que estos precursores son editores por añadidura. Casavalle es impresor y librero; Estrada crea la primera fundición de tipos en el país; Lajouane, Igon y Moen, libreros; Kraft, litógrafo, más tarde impresor

y luego editor; Peuser se instala con librería, luego establece una imprenta, siendo el primero en introducir la moderna composición mecánica, montando la *linotipo*. El negocio, en todos ellos, es el taller gráfico o la librería. Como ocurre también en la actualidad, de manera accidental o esporádica, los "imprenteros" no dejan de caer en la tentación de hacer algún libro y explorar el terreno editorial. Estas experiencias, generalmente, duran poco. Ocurre lo mismo con algunos libreros que de tanto en tanto editan libros, ya sea por la relación personal que los liga al autor, como por un secreto anhelo largamente postergado. Estas incursiones en el terreno editorial, tanto de impresores como libreros, actividad discontinua e irregular sin el método que hace a una profesión, con los riesgos y pérdidas que suponen, son fácilmente asimilados por el negocio o la industria principal, sobre la que se experimentó la aventura editorial. No queremos, con esto, establecer que el mérito de una empresa consista en fundirse sin remisión; pero, sí, queremos constatar en que momentos se dan las condiciones para que subsista, al estado químicamente puro, sin negocios ni industrias de auxilio, la empresa editorial. En tal circunstancia se puede llegar a una clara definición del editor.

LA SÍNTESIS. Dos elementos —imprenta y librería— van forzando la aparición del tercer triángulo —el editor— que conforma actualmente la industria y comercialización del libro. Por lo demás, este circuito formado por la imprenta, el editor y la librería, haciendo hasta ahora abstracción del autor, por ser motivo de un análisis posterior, ofrece variantes tan diversas como oportunidades tiene el hombre para expresarse. A estas variantes ya citadas —impresor-editor y librero-editor— podemos añadir una tercera fórmula que consideramos una de las más afortunadas: la del autor-editor, cuando no se da el caso de una totalidad comercial e industrial, como fue Casavalle que reunía en una sola entidad al impresor, al librero y al editor. Actualmente, en forma harto irregular, suman estas tres actividades Peuser y Kraft en Buenos Aires, en tanto Castellví, lo hace de manera cabal y óptima en Santa Fe.

DE EMPRESARIO DE LA VANIDAD A MERCADER DE ILUSIONES. La idea que se tiene del editor no es, aún hoy día muy clara; sin mencionar el común de la gente que no comprende absolutamente nada de él, solamente los especialistas diferencian acertadamente su función, no ocurriendo lo mismo con todos los profesionales del libro. Los ingleses extienden, frecuentemente, el carácter de editor al que se responsabiliza del cuidado gráfico y literario de una obra o colección; que es lo que se conoce por "editor literario" y que nosotros denominamos "dirección", sin participar por esto en la financiación de la misma. La distinción clara y precisa que da el diccionario de la Academia y la aceptada por todos es, justamente, de "financista" de los libros que se publican.

Pendulando entre el mecenas y el tendero, pareciera que el requisito indispensable para editar fuera el respaldo de una buena cuenta bancaria; cuenta que no tardaría en convertirse al poco tiempo en papel desvalorizado por el "arte negro" de la imprenta. Mas esto es la enumeración fría de la función de un empresario por momentos de la cultura, a veces del prestigio social, en determinadas circunstancias de la vanidad humana y, en otras tantas, de las ilusiones del hombre.

¿Es el editor —o la empresa editorial— el producto de la división del trabajo? Parece ser así. El editor es una entidad nueva, perfectamente singular y específicamente diferenciada. No es como se ha dicho ligeramente, un fabricante de libros ni tampoco un vendedor de libros, a pesar que deba comercializar su producción. No posee planta industrial ni salón de ventas al público. En ocasiones, carece de sentido comercial. Enredado entre el taller gráfico y el librero, es el que en el juego editorial lo arriesga todo: si gana reparte con el autor, el librero y la imprenta. Si pierde, el librero se retira de la mesa de juego no comprando el libro; el autor no cobra, acordándose generalmente mal de su editor, sin comprometerse; y el taller igual efectiviza su factura porque, muy razonablemente, el que apostó fue el editor, esa persona o entidad que ha hecho del riesgo un negocio, de las ideas una empresa y del conocimiento, un mercado.

LA SOMBRA AUGUSTA. Mientras el libro fue un producto raro, circundado por un halo de prestigio y poder, objeto de minorías ilustradas, en tanto el conocimiento era patrimonio exclusivo de las clases dirigentes, no fue necesario la producción metódica y racional del libro. Bastaba solo el esfuerzo artesanal para imprimir cien o doscientos ejemplares de una obra que cubría holgadamente el mercado de lectores. La gestión personal del autor hacía de un impresor, un editor. Aunque la mayoría de las veces era el mismo autor financista de su obra. A veces, el librero se improvisaba y editaba, sensibilizado por sus clientes, que es el caso de nuestros primeros editores, como Carlos Casavalle, rodeado por Mitre, Gutiérrez, Vicente López, Zinny, Trelles, Pelliza, Saldías, Lamas, Obligado, "todo el estado mayor de la historia nacional", según la feliz expresión de Ricardo Piccirilli. Hasta el día de hoy ese "estado mayor" proyecta su sombra augusta, tramada entre historiadores y editores, al extremo que la Comisión Nacional de Cultura al instituir el premio Carlos Casavalle para editores de autores nacionales —explícitamente fundamentado—, estos deben estar filiados en la línea que señalara aquel "estado mayor", aunque esto ya no se diga tan explícitamente. Al discernir dicho premio cuando no coinciden los editores con la línea, lo otorgan… ¡por la calidad gráfica! Así justificó el diario "Clarín", al comentar en su oportunidad el premio que se le otorgara a "Fabril Editora".

“LA CULTURA ARGENTINA”. Por el año 1914 se da en nuestro país el primer caso de empresa editorial; esto es, que la principal preocupación consiste en publicar libros que se ajusten a un programa ordenado en una dirección, cuyo eje lo constituyó la idea de *rescatar las obras ya olvidadas de autores argentinas muertos*[6] y el abaratamiento de sus publicaciones, de modo que fuera accesible a los bolsillos más modestos. Esto configura una modalidad desusada como moderna y progresista para los tiempos que corrían. Esta empresa largamente acariciada —la preocupación por la misma data de 1904— se concreta en 1914. Son José Ingenieros y Severo Vaccaro los editores fundadores de “La Cultura Argentina”. Queremos remarcar este hecho porque, a José Ingenieros se le ha mezquinado, como también a Severo Vaccaro, el mérito absoluto —como les corresponde— de esta empresa que persiguió y logró hacer una editorial de cultura para mayorías.

En esta editorial los cronistas —no sabemos si por una alteración semántica del vocablo *editor* o por resentimiento hacia Ingenieros— pero la verdad es que invariablemente hacen aparecer en calidad de editor de esta empresa, a Lorenzo J. Rosso. Los talleres gráficos que llevaban su nombre son los que imprimían “La Cultura Argentina”, pero no sus editores. Estos talleres ejecutaron los trabajos cobrándolos; cuando se funde “La Cultura Argentina” las pérdidas de dinero corresponden a Vaccaro e Ingenieros, quien aclara: “Al liquidar la empresa con Vaccaro después de funcionar siete años, debo lealmente reconocer que las pérdidas exclusivas de mi socio pasaban de $ 84.000.— y las de la empresa sólo ascendieron a $ 20.000.—, de lo que me corresponde la mitad”[7].

Con lo que queda demostrado, plenamente, que los responsables de la empresa eran ellos y no “colaboradores” de Lorenzo J. Rosso, como señala Buonocore[8].

Otro detalle importante consiste en que el impresor, durante la planificación de la iniciativa, se presentó al Congreso solicitando una subvención, lo que molestó tanto a Ingenieros que luego de rechazarla lo movió a aclarar en los libros publicados:

> “La Cultura Argentina no tiene subvenciones ni vende ejemplares a las reparticiones públicas; se edita en el país y vende sus libros a precio de costo; persigue fines educativos y no es una empresa comercial”.

Lo que induce al equívoco es que luego de liquidarse “La Cultura Argentina” aparece “La Cultura Popular” con idénticas características que la anterior, (formato, tipografía y diagramación) lo que constituye una verdadera usurpación. “La Cultura Popular”, sí, ya lleva el pie editorial de Lorenzo J. Rosso que, a la muerte de sus propietarios, compraría, por fin, los derechos de marca de “La Cultura Argentina” a sus herederos.

Es esta variante de autor-editor[9], la que mencionamos anteriormente como

fórmula afortunada. Afirmamos esto porque no se admite, aunque es común, una persona aceptando o rechazando originales por la sola indicación de los asesores. Una información básica y una aguda conciencia de su tiempo, constituyen elementos primordiales que hacen al editor; condiciones razonablemente dadas en un intelectual, mejor que en un crudo y ortodoxo mercader. En gran medida la empresa de Ingenieros fue afortunada. Acuciado por la necesidad de publicar a una generación desaparecida y sepultada por los libros importados de España y Francia, Ingenieros echa las bases de la moderna empresa editorial en el país, con el agregado —también — que es una empresa de cultura. Sabe que la función de programar, preparar y dirigir una producción regular de publicaciones no la puede delegar en otras personas afines o paralelas. La personalidad del editor es única —aunque proteiforme— e intransferible; y asume la responsabilidad junto a Severo Vaccaro, de la más hermosa aventura editorial de principios de siglo.

Sin excepción, todos los libros editados por "La Cultura Argentina" eran de autores nacionales y los que no, como Haig, Andrews, Head, Hall, Robertson, etc., sus libros trataban temas nacionales. El "Intelligence Service", que anduvo activo durante el siglo XIX por medio de sus viajeros, es culpable que Ingenieros se equivocara a veces en la elección de los libros; pero éste se hallaba un tanto perturbado por otro imperialismo herido de muerte hacía un siglo: el español. Por último debemos meditar otra acotación que hiciera Soler Cañas en el artículo mencionado anteriormente:

> "*La Cultura Argentina* había pasado del centenar de títulos, más de cuarenta de ellos reeditados en la propia colección y algunos en ediciones de 20.000, 25.000 y 35.000 ejemplares".

Estos fabulosos tirajes, para nuestros días, de los escritores nativos, dan el espaldarazo a la primera empresa editorial "químicamente pura" —en el sentido institucional— que inaugurara José Ingenieros y Severo Vaccaro.

En la Argentina de 1965, donde los tirajes van de dos a cinco mil ejemplares, tiene aproximadamente 22 millones de habitantes. En la época de "La Cultura Argentina", contaba apenas con siete millones. Esta coyuntura favorable podría explicarse por dos factores: 1) la Primera Guerra Mundial estalla precisamente en 1914, haciendo imposible la importación no sólo de libros, sino de cualquier otra cosa. Por entonces Francia, era una de las principales exportadoras de libros en lengua española y España restringía el comercio de ultramar por las mismas razones; 2) el hecho de que una empresa nacional edite o reedite a sus compatriotas, de manera orgánica y en escala industrial para enriquecer un mercado empobrecido de material bibliográfico; sumado a estos dos factores el prestigio intelectual que de por sí gozaba Ingenieros, nos da un cuadro aproximado del momento estelar del libro argentino.

RASGANDO LAS TINIEBLAS. Contemporáneos en las postrimerías de “La Cultura Argentina” es “Babel”; en el año 1919 su propietario Enrique Espinoza, —Samuel Glusberg—, se da también a editar autores argentinos que si bien aún no están en circulación, viven: Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Enrique Banchs, Nalé Roxlo, Luis Franco, Arturo Capdevila, etc. En 1920, Antonio Zamora con la colección “Los Pensadores” va empollando “Claridad”, la editorial que rodearía el grupo Boedo, allá por 1926. En 1922, Luis Bernard, con taller gráfico propio, inicia la colección “Joyas Literarias”; este editor se distingue de todos los que lo han precedido hasta ahora; descubre el negocio de la traducción, siendo uno de los primeros en publicar en ediciones argentinas a Maupassant, Balzac, Goethe, Lamartine, Dickens, Tolstoy, Kipling, Sand, Dostoyevsky, Musset, De Amicis, etc., ejemplo que seguirán “Tor” y en parte “Claridad”. Entre 1924 y 1926 aparecen dos editores más que, sumados a Espinoza, serían los tres editores judíos que alientan las esperanzas de los autores nacionales: Manuel Gleizer y Jacobo Samet. Su acción, importante por los autores que publicaron, hoy muchos de ellos codiciados por las editoriales llamadas “grandes”, no fue ni espectacular ni de resonancias sociales. Tarea silenciosa pero firme, sobre todo la desarrollada por Gleizer, quien incubó los escritores de más dispares tendencias, entre ellos Scalabrini Ortiz, Arturo Cancela y Jorge Luis Borges.

CLARIDAD. “Claridad”, en la década que va del 20 al 30 produce con un tono nacional y de alcances latinoamericanos casi toda la literatura social de la época. Entre los argentinos, publica a Leónidas Barletta, Elias Castelnuovo, Roberto Mariani, Almafuerte, Álvaro Yunque entre muchos otros, agrupados en “Boedo”, movimiento más que literario, social, inspirados en la Revolución recientemente llevada a cabo en Rusia. Edita también a todos los extranjeros que de alguna manera coinciden con la advertencia que lleva la revista “Claridad”: “tribuna del pensamiento izquierdista”, como ser Barbusse, Ludwig, Frank, Marx y bien batido con todo esto, la “Biblioteca Científica” donde la atracción del tema sexual tenía su principal incentivo. Por el año 30 los precios de estos libros iban de 20 centavos, los que tenían 64 páginas, hasta los de $ 1.—, con 400 páginas. Los tirajes no bajaban de los 20.000 ejemplares, tanto de autores nacionales como extranjeros, y un solo libro, *Versos de una…* de Clara Beter (seudónimo de César Tiempo), se reeditó cada 6 meses por espacio de varios años, fenómeno que da una idea de cómo el público respondía a sus escritores. En este año, la editorial “Claridad” denuncia haber alcanzado los mil títulos publicados.

En 1930, la editorial Tor ha dejado la edición de autores para minorías, lanzándose a la producción en gran escala para todo el continente: folletos policiales

—Sexton Blake—, cow-boys y los filósofos clásicos y modernos —“Biblioteca Filosófica”— son puestas al público a 30 centavos. Pésimas ediciones, mal traducidas, terminadas donde el pliego concluía por razones técnicas y no por designio del autor, denuncia ya los vicios de la desaprensiva y gran industrialización del libro. A esta editorial no la tiene en cuenta ningún cronista, por constituir una página negra en la historia editorial pero su existencia, no por esa omisión, ha sido menos real.

“LA EDAD DE ORO”. Al decir de un folleto que editara la Cámara Argentina del Libro[10] en el año 1947, *la “edad de oro” editorial para nuestra patria* la fija entre 1936 y 1943. Coincide esta “edad de oro” con otra catástrofe colectiva en Europa: la guerra civil española (1936) y luego la 2.ª Guerra Mundial (1943). Está patente que la industria editorial nuestra prospera en la adversidad ajena. No es nuestro empuje que desaloja al enemigo, sino el abandono del campo por parte de él, que nos permite ocuparlo. España en competencia con Francia dominaban cómodamente el mercado latinoamericano. Desde la Colonia no sólo importamos a Rousseau, a Tirso de Molina, Voltaire, Quevedo o Eugenio Sué, sino que nuestros autores se hacían editar en esos países; nadie desconoce las ediciones de Alberdi, Manuel Ugarte, Hugo Wast, José Ingenieros, con pie editorial foráneo.

“Daniel Jorro”, “Araluce”, “Calleja”, “Maucci”, “Espasa”, “Renacimiento”, “Sopeña”, “Montaner y Simón”, “Morata”, “Aguilar”, “Seix y Barral”, “Bergua”, “Revista de Occidente” son las editoriales españolas que desde fines del siglo XIX, hasta 1936, abarcan los temas más diversos en ciencias, ensayo, novela, clásicos griegos, filosofía, como también la historia de conjunto de América o de personalidades americanas. Esta reseña da la medida de cómo se abastecía de lectura, en todo sentido; del romanticismo barato de Carolina Invernizzio a las teorías spenglerianas, cubría todos los gustos y las apetencias de lectura más peregrinas de los argentinos. Esta relación tiene el objeto de remarcar como, hasta no hace mucho tiempo, establezcamos el año 1933 en que se realiza la Exposición del libro Español en Buenos Aires, inaugurada con una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra ciudad, el 17 de julio de 1933, bajo el título de *Deberes Culturales de la República Española*[11], la industria española del libro se nutría por el largo cordón umbilical cuya placenta residía en el Plata. Tres años más tarde sobrevendría la guerra civil con la que concluiría una época de predominio cultural y económico. A partir de 1936 nuestra industria, obedeciendo a la ley de los gases, se expande por ausencia de contención de parte de la competencia extranjera; los gérmenes editoriales se desarrollan; se robustecen las ya establecidas y se generan nuevas empresas al llamado inquietante del negocio próspero y fácil. Es la edad de oro de que hablamos antes, por boca de la entidad madre de los editores. Pero no hay bien

—ni mal— que dure cien años. En 1939 termina la guerra civil española con un saldo de destrucción, dolor y el agotamiento natural que trae aparejado tales hechos. En ese mismo año se inicia la 2.ª Guerra Mundial que se prolonga hasta setiembre de 1945.

LA BEATITUD DEL LOBO. La prosperidad del libro argentino tiene la duración de un lirio. Tomando fechas absolutas, de 1936 a 1945, fechas de los cataclismos europeos apuntados, serían 9 años de auge editorial. Pero ni la prosperidad comenzó en 1936 ni acabó en 1945 ya que la onda del desastre, como la del posterior reajuste, precisó su tiempo para que repercutiera en nuestros contrafuertes económicos. Ya para 1944, los españoles se yerguen de entre las ruinas del desastre nacional y exigen a su gobierno a través del Instituto Nacional del Libro Español el trato preferencial que la España editorial necesita. Un editor, Gustavo Gili Roig, escribe un libro[12] que es un compendio de filosofía editorial. Inteligentemente concebido, este trabajo —que sirve para cohonestar una tesis—, "*la expansión del espíritu español en América*", "*Reafirmación hispánica*", "*expansión del libro y la cultura*", que estas son algunas de las altisonancias del libro, con la verdad encubierta, que es reverdecer los viejos laureles del comercio librero de ultramar. Confundir los intangibles valores del espíritu con los tangibles valores de las divisas es lo que familiarmente llamamos "golpe bajo". En nombre de los "valores del espíritu" nuestros gobernantes fueron sometidos a una especie de terrorismo cultural que permitió la franquicia de todos los intentos de coloniaje intelectual. Las librerías argentinas a veinte años de dicha publicación, se hallan atestadas de libros españoles por su industrialización; pero en verdad, son ellos traducciones del inglés, francés o ruso, donde el espíritu español no aparece, salvo que se halle expresado, tácitamente, en Kennedy o Pasternack. La franqueza —eufemismo que usamos en vez de descaro — la toleramos en la medida que nos sentimos hijos espirituales de España; pero, advertimos la insolencia en cuanto dicho paternalismo se esgrime para someter nuestra industria —a la altura de las mejores del mundo— bajo pretexto de una vaga *misión civilizadora de España*, la que supone también una afrenta a nuestro ser nacional, si no lo tomáramos como la fanfarronería trasnochada de un perimido señorito español

Capítulo II

EL LIBRO

ENTRE LA RAZÓN Y LA SUPERSTICIÓN - ¿QUÉ ES UN LIBRO? - DEFINICIÓN DE ORGANISMOS TÉCNICOS (UNESCO) - DEFINICIÓN TÉCNICA - DEFINICIÓN SOCIOLÓGICA - DEFINICIÓN INTELECTUAL - DEFINICIÓN CULTURAL - DEFINICIÓN POLÍTICA.

LOS SUSTITUTOS. El libro sigue siendo, entre los instrumentos trasmisores de cultura que maneja el hombre —periodismo, televisión, cinematografía, radio— el de más prestigio. No queremos decir con esto que sea el mejor trasmisor de cultura, ya que la combinación de la cinematografía con la televisión podría ser el más completo y eficaz, pero estas técnicas sólo trasmiten la realidad exterior y física de las cosas, en tanto el libro sigue siendo insustituible para la labor y la expresión del pensamiento abstracto.

La alta calidad y cantidad de los instrumentos trasmisores de imágenes y sonido hizo que contaran, quienes explotan la industria editorial —sobre todo del libro—, los días que les restaba de vida. Los sustitutos del libro, con mayores recursos y atractivos sepultaríanlo definitivamente. Pero no es así, salvo en los casos que el libro trasmite ficción, imágenes, color, pero no ideas. Cuando contiene esta condición definitoria del hombre —las ideas—, el libro se torna irreemplazable por su comodidad, practicidad e intimidad.

PRESTIGIO Y VULGARIDAD. Decíamos del prestigio del libro. Se trata de un prestigio indefinido y anonadante. Salvando a los profesionales de la inteligencia, el común de la gente experimenta una reverencia y sufre una intimidación que se manifiesta hasta llegar a la incapacidad de penetrar en una librería. La letra impresa de por sí infunde respeto. Una mentira dicha en letra de molde tiene ya un setenta por ciento de aceptación contra una verdad verbal, sin el énfasis del plomo compuesto. Inconscientemente se supone que una empresa editorial al invertir preocupaciones, desvelos y capital es para producir cosas serias y dignas de crédito. Talvez esta sea una de las formas del pensamiento ingenuo y primitivo. Otro factor que contribuye a ese vago prestigio inhibitorio, es que se parte de la premisa que expresa sabiduría, conocimiento, en una palabra: cultura; esto es, compromiso y resistencia. Sin embargo, en el tren y en el ómnibus vemos personas leyendo libros —o al menos eso que tiene apariencia de tal—. ¿No es, entonces, popular el libro? En un rápido vistazo al mencionado “libro” veremos que efectivamente es un libro; pero, un libro policial; mejor dicho, una novela policial.

Pero es un libro; esta comprobación trae aparejado un desencanto: que la novela policial es un libro; que un tratado de cocina, es un libro; que la pornografía, viene en forma de libro; que un compendio de fisiología es un libro y *El Sentimiento Trágico de la Vida* es un libro; llegando a la conclusión que cuando hablamos del libro en general, no hablamos de nacía concreto, sino de imprecisos continentes llamados, genéricamente, libros.

Es sospechoso, entonces, cuando un empresario o un autor de libros pega el respingo en nombre de la cultura y defiende sus libros de algunas medidas que no lo favorecen. O en nombre de la cultura —vocablo extorsivo que sirve para cohonestar la alcahuetería con el conocimiento— no aclara expresamente para qué tipos de libros y de cultura pide franquicias, privilegios o protección. Se hace, por lo tanto, necesario un análisis diferencial del libro, para hablar de él. Ubicado éste, podremos divagar sobre sus proyecciones, destino, valor, utilidad o inutilidad del mismo.

ANÁLISIS DIFERENCIAL. Para concretar y objetivar su realidad debemos definirlo. Un libro sobre patología interna o motores Diesel tienen un determinado propósito de servir a la medicina, en el primer caso; y, en el segundo, a la mecánica. En tanto la novela, el cuento, la poesía, el teatro, el ensayo y el libro de divulgación, persiguen propósitos más difusos, cuyas finalidades son tan diversas y ricas en matices, como es la misma inquietud humana. Estos libros, perfectamente diferenciados entre sí, entretienen, conmueven, revelan aspectos poco conocidos del hombre; teorizan, divagan, difunden formas de vida, sensibilizan, alertan, forman conciencia; como —también— drogan, captan y conquistan. Todo esto a través del juego, es decir a través de ese quehacer gratuito y marginal para explicarse o fugarse de la realidad que es el oficio, la profesión, el empleo, o el ocio. Mucho más orientadora hubiera resultado la encuesta hecha en Francia preguntando a los escritores "¿por qué escriben?", si se le hubiera interrogado al público "¿por qué leen?".

LAS DEFINICIONES. De las definiciones del libro contamos entre nosotros con la de Buonocore[13]; este especialista, más que una definición nos da una explicación de lo que puede ser un libro, ya que "*El libro moderno, (del latín liber, corteza interior de los árboles) puede definirse genéricamente como el conjunto de muchas hojas de papel, vitela, pergamino, etc., en blanco, manuscrito o impresas cosidas y encuadernadas con cubierta de papel, cartón, pergamino o de otra piel para formar un volumen*", es la descripción de las partes que componen lo que llamamos actualmente libro. Escarpit[14], luego de revisar las definiciones de varios autores expresa: "*En realidad no existe una definición del libro: cada país, cada dependencia posee una o varias. En Francia el Ministerio de Hacienda tiene una*

para la Aduana y otra para el Fisco". Más adelante este autor aclara en parte la cuestión: "*El defecto de todas esas definiciones reside en que consideran al libro como un objeto material y no como un medio de intercambio cultural. En muchas de ellas entraría por ejemplo la guía de los ferrocarriles y no una edición escolar de Racine o Moliere*". Se refiere Escarpit a la definición propuesta por la U.N.E.S.C.O., que dice: "*publicación no periódica de 49 o más páginas*"; terminando por fin el autor mencionado la más aproximada pero ambigua y provisoria definición: un libro es "*una máquina de leer" y es la lectura lo que lo define*.

La máquina de leer, que sería un libro para Escarpit, nos resulta una imagen forzada. Comparemos esta "máquina" con la más común y análoga en su finalidad, la máquina de escribir, comparación que se puede repetir con todas las máquinas que conocemos, y comprobaremos el opuesto sentido que tiene una máquina con el libro: la máquina de escribir —que también "escribe" libros— tiene el teclado —el lenguaje diríamos— que lo puede utilizar para expresar sus ideas tanto un oficinista como el más exquisito prosista, con un uso al infinito, mientras no medie la destrucción de la máquina o del hombre que quiera escribir. En tanto, el que usa la "máquina de leer" debe conformarse con una sola manera de pensar y decir que es la del autor y una limitada cantidad de cosas a aprender o gozar, siendo su uso de una sola y única vez, salvando los casos de obras de consulta, diccionarios o de cabecera. Pero cuando este autor expresa que es "*la lectura lo que lo define*" entonces, sí, se aproxima a una feliz coincidencia: la sustantivación del libro. Al sustantivo común, que es el libro, lo agregamos otro, medicina, y tenemos ya una clara idea de lo que nos estamos refiriendo; pero, una definición es la identificación de una cosa que proporciona la precisa comprensión del objeto o pensamiento a definir.

Resumiendo la esencia de las definiciones intentadas hasta aquí, tenemos incongruencias como esta: que un libro es un conjunto de hojas de papel, en blanco, manuscritas o impresas, que encuadernadas dan un volumen; como no expresa esta definición la medida de dicho papel, los periódicos posteriormente encuadernados —como son los archivados por los diarios— serían libros. Por otra parte, si un libro es una "publicación no periódica de 49 páginas o más", resultaría que aquellas editoriales que publican, periódicamente, libros en colección —radicando su éxito y vigencia en dicha periodicidad precisamente—, no serían libros; y sí, las irregulares apariciones de determinadas revistas especializadas.

Decir que un libro es un "conjunto de hojas en blanco o impresas" o una "publicación no periódica de 49 o más páginas", es decir poco o nada. El libro es un objeto que tiene una preparación especial, un tratamiento único y un destino prefijado aunque teórico. Libro Blanco o Negro, libro de Poemas, libro de Caballería, libro de Cuentos, hasta libro Diario, libro de Cocina, dan la idea exacta del contenido de dichas obras, pero nunca decimos y por lo tanto no definimos, cuando nos referimos a una novela, que es un libro de novela; decimos que es una novela y sobreentendemos que es un libro: una novela no puede ser otra cosa. El teatro cuya expresión es la

palabra oral, tiene también en la palabra impresa, la mayoría de las veces, el continente de libro. De modo que a excepción de la novela y el teatro, todas las demás actividades del hombre —ciencia, arte y técnica y sus correspondientes divisiones— cuando se expresan por medio de la palabra impresa, el uso común, apelando al aditamento de la especialidad que trata, lo define. Por lo tanto podríamos arriesgarnos a un intento de definición del libro, diciendo: *es todo impreso que desarrolla de manera más o menos metódica y orgánica, en forma parcial o de conjunto, un arte, una ciencia o una técnica*.

LITERATURA Y LIBRO. Definido el libro intelectualmente —"obra del espíritu" y culturalmente "comunicación"— o técnicamente, la palabra libro se halla asociada insolublemente, a la palabra literatura. Si bien existe una literatura médica, una literatura policial, una literatura social; en fin una literatura de tal ciencia o tal arte, existe una literatura que se define por si misma, o sea el arte literario o la ciencia literaria, como ha dado en llamarse últimamente, o ambas a la vez. Hipotéticamente podemos aceptar una ciencia sin libros; un arte sin libros, pero jamás una literatura sin libros; es decir, sin la palabra, o para ser más exactos sin la letra, que es la esencia misma de la literatura. Por lo tanto, cuando se habla de libros, inconscientemente asociamos a la novela, el cuento, la poesía, en síntesis, a la literatura. El libro desde este ángulo, sin sustantivar, comienza a tener sentido. Es cuando, dando por entendido una cantidad de supuestos comprendemos la frase: *el libro de autor argentino no interesa a nadie*. Lo que en buen romance expresa: la novela, el teatro o la poesía de nuestros escritores, no gusta[15]; porque los textos o los tratados de física, derecho o técnica, sí interesan, tanto aquí como en toda el área de habla hispánica.

EL LIBRO SEÑALADO. Gregorio Marañón, en la fiesta que los libreros de su país le ofrecieron, leyó un discurso[16] dedicado al libro, del que extraemos un pasaje que denuncia los supuestos existentes entre libro y literatura: "Yo suscribo, ante todo la sentencia de Plinio, popularizada entre nosotros por Cervantes, que no hay libro malo que no tenga algo de bueno. Pero voy más allá: yo diría que libro malo no hay ninguno. Por lo menos yo no los he encontrado a pesar de mi voracidad de lector. Cierto que los moralistas y los gobiernos tienen que hacer uso, a veces, del índice prohibitivo y de la censura; pero se trata siempre de medidas transitorias, encaminadas a devolver la salud de la agitada humanidad". Aquí, Marañón, al referirse en forma general a los libros, está señalando determinado libro que lo encarna por antonomasia. Entendemos que la Iglesia (los moralistas de Marañón) y el gobierno, no colocará en el *Index* el libro de Doña Petrona por subversivo ni la *Expansión del Universo de Eddington*, por inmoral. Se está

refiriendo, Marañón, al libro específico que, invariablemente, y con raras excepciones, hace la crítica de las costumbres y de las relaciones sociales del hombre.

IDEALISMO. En cuanto a la metafísica creada por los intelectuales en torno a la "obra del espíritu" que expresa el libro, sin ánimo de discurrir sobre una cuestión que no hace a nuestra función, podemos asegurar que la mayoría de las cosas del hombre son "obras del espíritu", sólo que unas se manifiestan en la acción y otras por la meditación y la letra impresa. El libro es "mensaje" en la medida que establece el sinfronismo con los lectores que se empinan a su altura, consumándose en ese acto, como en la cópula, el mensaje —que sería la definición intelectual del libro—; en tanto, la "comunicación", es la definición socio-cultural por excelencia.

EL "FACTOR DE PODER". Entre los sucedáneos de la política se halla el ensayo, la novela llamada comprometida, la filosofía, la religión; muchas veces el teatro. Formas todas estas sublimadas de la lucha por el poder y que se expresan tanto por la vía reflexiva como emocional, lo que hace posible su acceso a los más diversos grupos sociales.

Demás está decir que por medio de la política se gobierna. El acto de gobernar es ejercitar un acto de poder; y el poder político es el máximo de los poderes que se puede detentar, ya que supone dominar al poder económico y jurídico como asimismo al poder de legislar. Tácitamente quienes detentan auténtico poder político —asentimiento de la mayoría del pueblo e instituciones— pueden, sin violentar situaciones, cambiar estructuras económicas y legales.

Estas disquisiciones, por las que debemos rogar disculpas, son a los fines de aclarar como el libro, ensayo o tratado, la filosofía, la novela de tesis social, así como la que no toma partido —que es un mero aceptar lo establecido—, son elementos que expresan ideas y sistemas coherentes de pensamiento, que concluyen creando lo que se llama conciencia social; es decir, la personalidad que conforma al individuo o a la sociedad y la capacita para aceptar, rechazar o luchar por determinada forma o sistema de vida.

> "La conciencia social se manifiesta de diferentes maneras. Las formas de la conciencia en la sociedad contemporánea son las ideas políticas, el derecho, la moral, la religión, la ciencia, el arte, la filosofía…"[17]

Quiere decir que todo aquello que forma la conciencia social de un grupo determinado —arte, ciencia, filosofía, religión— es, prácticamente, un factor de poder. Crear conciencia, opinión favorable, es navegar sobre la cresta de la ola de una

fuerza que indefectiblemente lo ha de arrojar a la playa del poder mismo. Esta es la función de la cultura a través de la comunicación y del mensaje. Conquistar o defender una soberanía, creando conciencia social.

Capítulo III

EL LIBRO COMO INSTRUMENTO DE CULTURA

De los Enciclopedistas a la Clase Ociosa - Definición de la cultura - Cultura abstracta y cultura concreta - Cultura y subdesarrollo - Teoría de la repugnancia - Cultura barbarizada y barbarie culturada.

Las "barricadas" de papel. El libro es, por antonomasia, el símbolo de la cultura. Difícilmente se puede disociar uno de la otra, sin desgarrar el sentido cultural del hombre moderno. La renovación intelectual, social y técnica que se inicia en el siglo XVIII, poblado de "filósofos" de la economía, de la política, de las ciencias y las artes, tiene su máxima expresión en la famosa *Enciclopedia*[18], que bajo la dirección de Diderot y D'Alambert se lleva a cabo en Francia, influyendo poderosamente durante mucho tiempo e impregnando de racionalismo las corrientes filosóficas de la época, no siendo ajena a la misma el espíritu de la Revolución Francesa.

La "diosa razón" exalta la fe en el saber y el conocimiento, saturando la atmósfera de una reverencia dogmática sustentada en la infalibilidad de las ideas y, sobre todo, en la letra impresa: es lo que conocemos por despotismo ilustrado, que hace sus primeras víctimas en una nueva clase semialfabeta: la naciente burguesía, que comienza a recoger los frutos del flamante *statu* político, aparejado de los dones del saber racional, traducido en la ciencia y la técnica de la época que derrama, generosamente, sus beneficios sobre ella.

Cultura perfumada. No extraña la religiosidad de la burguesía por la cultura, por ser su beneficiaría directa y advertir en la misma, la encarnación del bienestar y el progreso en medio del infierno. Tal sentido utilitario, condición congénita y específica de esta clase, la lleva a apropiarse de la cultura como cosa exclusiva o inherente a ella misma, atrincherada por una muralla de libros. La cultura adquiere entonces, un significado especial: se suma al poder que implica, el conocimiento y la ilustración; un brillo y refinamiento la convierten en un juego de salón para trasmitir, de generación en generación, sus reglas; pero sin hacer cultura, como la hicieron los artesanos del medioevo o del Renacimiento. Ellos la gozan, en un proceso de osmosis, rodeándose de porcelanas, cuadros, trasatlánticos y ruinas. Esta es la "clase ociosa" de Veblen, encargadas de consumir la cultura, con más propiedad, el exceso de producción creada por la colectividad.

Pero también debemos reconocer que la palabra “cultura” ha perdido su fuerza y su valor semántico por el inmoderado uso como por la incesante parcelación del conocimiento humano. Bertrand Russell, sostiene que “un empobrecimiento paulatino que arranca del Renacimiento, del concepto cultura, hace que en la actualidad sea sinónimo de literatura, arte, música, apartando por lo tanto del concepto a la ciencia”[19], y a la técnica, agregaríamos nosotros. Desde el sentido frívolo de “*distinción* o *refinamiento* que tiene del vocablo “cultura” una dama burguesa, al contenido que le da un antropólogo, pasando por el de “cultura universitaria”, “cultura popular”, “cultura musical”, “cultura universal” y “cultura nacional”, media un infinito número de sentidos culturales que se podrían aún extender a los más absurdos, como ser “cultura futbolística” o “cultura erótica”, sin ello dejar de tener propiedad. Se es culto en música, en pintura o literatura, haciendo un uso restringido, semi-letrado y acientífico de dicha palabra.

COMO SE “HACE” LA CULTURA. La cultura es un fenómeno social colectivo y no un acto individual y aislado. El hombre aporta aspectos de la cultura pero ésta es tal, en la integración de las partes en un todo, que es el grupo social al que pertenece el individuo, ya que en un intercambio permanente el grupo aporta tradiciones, creencias, ideas, valores, normas y el individuo reelabora o tan sólo repite la cultura del grupo pero nunca, como bien sostiene Eliot, el hombre posee toda la cultura de su grupo, sino una parte de ella en la medida que se integra o adapta al mismo. Aldous Huxley, citado por Escarpit, compara a la cultura con un “círculo de familia cuyos miembros evocan entre ellos a las grandes figuras del álbum familiar”. Para adaptarlo a la Argentina, digamos que entre primos evocan las románticas fugas políticas del abuelo Echeverría, las iracundas admoniciones de papá Sarmiento, la paternal administración del tío Yrigoyen o las filosas bromas del primo Ingenieros. “Tener cultura —continúa— es llamar a todos los miembros de la familia por su nombre de pila. El extranjero no puede sentirse a gusto en el círculo: no pertenece a la familia. Dicho de otra forma no tiene cultura (lo que resulta una forma de decir que tiene otra cultura)”. Esto es un claro ejemplo de la existencia de una cultura argentina, una cultura inglesa o una cultura francesa, es decir, una cultura nacional que, gradualmente, podemos reducirla a la de carácter regional, y aún más, a la grupal. De esta remontarnos nuevamente, así: grupal, regional, nacional, continental y universal.

REALISMO CULTURAL. Inmerso el hombre en su grupo regional y a la vez nacional, estructurado por la “tradición, los valores, las ideas, las normas, las costumbres y los sentimientos”[20], también es un ser que consume, que usa y gasta, además de los valores espirituales arriba mencionados, algo más tangible

y concreto: alimento, ropa, vivienda, *confort* y distracción. Estos bienes económicos son, también, tomados del grupo social al que pertenece, pues son creados, elaborados o transformados por él. El cultivo de la tierra, la explotación ganadera y minera y la industrialización de sus productos hacen posible que un grupo social cubra las elementales necesidades vitales para luego tener lugar a "filosofar" sobre normas, costumbres y valores. La máxima latina *primum vivere deinde philosophari*, desprovisto de todo idealismo, es a la postre la realidad que nos presenta a diario la vida. Discurrir sobre la cultura en términos puramente espirituales es invertir el proceso histórico. La cultura es algo concreto y tangible y tan material como la azada, el *Spunik* y el *Ranger VII*, interviniendo en su realización el albañil, el tornero, el agricultor, el físico, el médico, el ingeniero, como el pensador. En otras palabras, el desarrollo tecnológico alcanzado condiciona el desarrollo de los otros aspectos de la cultura: ciencias del espíritu, arte, investigación técnica y científica, con lo que asistimos a la paradoja de la cultura: que prospera espiritualmente en la medida de su desarrollo material y éste alcanza sus óptimas condiciones insuflado por el espíritu de la época.

EL PAÍS VISCERAL. La Argentina es un país a veces desarrollado y otras subdesarrollado. Depende de los críticos y de las circunstancias en que se dice. Pero es indiscutible y por eso renegamos, que la riqueza nacional no se vuelca para fomentar el "ocio creador" de nuestros intelectuales —escritores, artistas, investigadores—. El carácter no utilitario de la cultura no tecnológica, es un lujo que se brindan únicamente las naciones altamente tecnificadas. Los países infra, semi o en vías de desarrollo, tienen un excedente económico que alcanza el límite preciso para habitar, vestir y alimentarse. La cultura de este tipo se posterga en el orden de prioridades, al segundo, cuando no al tercer lugar. Son esos países en que como el nuestro, el gran negocio es una "pizzería" y no, precisamente, una librería. Debemos aclarar que hablamos de cultura en escala social, cuando ésta es posible a todos y no cuando la cultura es objeto de minorías excluyentes.

LA DIALÉCTICA QUE OLVIDARON LOS MARXISTAS. Posiblemente entre *Facundo, Martín Fierro* y *Radiografía de la Pampa* esté la tesis, la antítesis y la síntesis de todas nuestras disidencias que arrancan del fondo mismo de la historia nacional, hasta nuestros días. La clase letrada que encarnaba la cultura de entonces, puso al país, por boca de Sarmiento, en la alternativa de *civilización o barbarie*. Se entendió por civilización la ilustración, la alfabetización —de la que Sarmiento fue el más conspicuo epígono—, el consumo ostentoso de productos de extranjería y la ideología de la época: el liberalismo. Esta ideología se tradujo para estas regiones en el libre cambio, impuesto ya a España por

Inglaterra en su alianza contra la invasión napoleónica e importada al Río de la Plata por el mismo virrey Cisneros y apoyada aquí por la versión criolla del "*laissez faire*": La representación de los Hacendados"[21] de Mariano Moreno. Nos plegamos indudablemente a las ideas más progresistas de la época, cosa que no hizo EE. UU., que establece el proteccionismo, defendido por Alexander Hamilton, Primer Secretario del Tesoro de dicha nación. Tal vez en esa política radique la grandeza de Norteamérica. En tanto encajamos en el esquema liberal de Gran Bretaña desempañamos un papel subalterno y condicionado —no podía ser de otra manera— al desarrollo impetuoso de la burguesía comercial e industrial inglesa y a la política de la Corona, pues dicho liberalismo ni era tan idílico ni tan bonachón. Prueba de ello es el procedimiento *manu militari* ejercitado durante la primera y segunda invasiones inglesas como así, dicho Estado, reglaba el comercio de importación y exportación a través de *Navigation, Acts*, que exigía el uso de barcos de esa nacionalidad para transportar de y hacia Inglaterra los bienes en tránsito[22] como también la "Ley de Granos" motivo de graves trastornos internos ingleses.

CARNE X MANUFACTURA / HAMBRE = ENTREGA. Jugada nuestra suerte, languidecieron hasta desaparecer definitivamente la industria artesanal del interior del país. Lo importado —desde la "muselina", el poncho y los estribos, hasta la ropa confeccionada— fue más barato, tanto por razones de "dumping" como por la desigual competencia entre una industria desarrollada como la británica y la nuestra en vías de serlo. Condenado el país a un destino exclusivamente pastoril —actividad cuya mayor parte queda librada a las regulares pariciones de las vacas y la pasiva contemplación de la naturaleza gravitando sobre las siembras—, resultó más simple manejar una estancia que montar una fábrica, que —por otra parte— fijaba mínimos índices en la densidad demográfica, clave del desarrollo en su ecuación de producción y consumo y de complejas relaciones sociales. El gaucho, el saladero, el alambrado, la frontera, el frigorífico, la chacra y la estancia fueron, y son aún, los hitos de nuestra cultura.

EL NUDO. Nuestros próceres, envueltos en la sugestión del progreso inglés y del "Iluminismo" que irradiaba Francia, su Revolución y el "Código napoleónico", no extraña que miraran con cierto desconsuelo el porvenir de esta remota geografía; el cuadro semi-bárbaro del interior del país no alentaba a grandes empresas. Si reparamos que la Revolución de Mayo fue una disputa para determinar si la caída de Fernando VII nos devolvía el poder político vacante para negociar libremente con Inglaterra, caemos en la cuenta que se pensó hacer el país, de cualquier manera con los extraños, y no con los nativos. Un prejuicio guió todos los actos de los "doctores" que gobernaban desde Buenos Aires: la condición "bárbara"

del criollo.

Facundo o *Civilización y Barbarie* de Sarmiento, libro difícilmente clasificable, por momentos histórico, sociológico, ya biográfico, es la imagen de un país confuso y paradojal. El mismo Sarmiento —hombre del país y de su época— no puede sustraerse a tal influjo y lo expresa a través de su obra. En la clara delimitación que hace entre el campo —la barbarie— y la ciudad —la civilización— desespera por educar al gaucho en los buenos modales y la vestimenta elegante: "el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos". Compara a los hombres de campo con los beduinos: "El progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en la tribu árabe o tártara, es aquí no sólo descuidada, *sino imposible*. ¿Dónde colocar la escuela para asistir a recibir lecciones los niños diseminados a diez leguas de distancia en todas direcciones? Así pues la civilización es del *todo irrealizable*, la barbarie es normal".

LA CONTRADICCIÓN. Y renuncia Sarmiento, de cierta manera, a transformar esa realidad que tan bien constata, por que además de ser un hombre del Siglo de las Luces y de la Razón, no deja de ser un gaucho él mismo. Gravita en la cabeza de Sarmiento el progreso inglés y la cultura francesa. ¿Qué relación existe entre el desierto, el baqueano, el rastreador y la montonera con el *Contrato Social*, Voltaire y ¿*El espíritu de las Leyes*? De pronto, Sarmiento se ilumina y exclama: "El siglo XIX y el siglo XII viven juntos". Hay en la Argentina un vacío de siete siglos que no se han realizado. Al establecer el contraste entre el estado medioeval de la campaña con el relativo bienestar de la ciudad, descubre le interrupción histórica que hace imposible el entronque de la civilización con la barbarie. Sin poder saltar el abismo de siete siglos él mismo, no ya el país, renuncia en la palabra *imposible*. Say, Constant, Guizot, Víctor Hugo ni Adam Smith valen aquí para un bledo. La cultura le sirve a Sarmiento para entenderse con los pocos como él, que leen francés mejor que el español. Los acápites del *Facundo* están en la lengua de los enciclopedistas: hasta las citas de Shakespeare; pero no es un instrumento válido para realizar el país, menos la Nación. Peor aún: es un elemento deformante que perturba la comprensión del mismo. De ahí, tal vez, su tremenda iracundia, la impotencia y la final amargura: en un rapto de sinceridad se sobrepone a todos los esquemas, a todos los prejuicios culturales y confiesa sus dudas: ¿De qué culpan, pues, a Rivadavia y a Buenos Aires? ¿De no tener más saber que los *sabios europeos que los extraviaban*? Pero estas lagunas eran pasajeras: la poderosa sugestión del saber europeo, pirotecnia vana en la América de Lautaro y Catriel, violando las leyes del tiempo y el espacio histórico, no admitía traiciones consecuentes.

Facundo es un libro ambivalente. Persigue el fin de destruir literariamente al

gaucho y emite sus mejores elogios: “La vida del campo pues ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco”. Destacamos este párrafo para señalar la contradicción en que le hace incurrir su condición de hombre culto, en su valoración del hombre de campo. Sarmiento, que tiene una *cultura* gaucha, pues de otro modo no podría haber descripto la técnica ni el alma del desierto en los personajes del rastreador, el baqueano y el gaucho, con el preciosismo y la fruición con que él lo hizo, ni nadie como él, tampoco, lo repudió. Lo que sostuvo como criollo lo negó en nombre de la civilización.

EL BÁRBARO DE LAS LETRAS. Por el año 1872 ve la luz *Martín Fierro* de José Hernández. Al contrario de *Facundo, Martín Fierro* no es un libro culto ni es leído por la gente letrada. Su “clientela” se compone de humildes paisanos. La campaña absorbe las ediciones que se suceden en tiradas de pesadilla para cualquier editor, durante años y años. Pasarían casi cincuenta, para que el Poema llamara la atención de Leopoldo Lugones y *Martín Fierro* pasara a ser objeto de ensayos, tesis, exégesis y críticas. El Poema ha merecido, posteriormente, estudios tan eruditos como fantaseosos: *Muerte y Transfiguración del Martín Fierro* de Ezequiel Martínez Estrada es el más demostrativo. De este estudio, otro gran escritor —Jorge Luis Borges— dijo que era superior al poema mismo. Este silogismo se entiende en cuanto se observa el interés por minimizar un libro que goza de tanta vitalidad entre el pueblo “inculto”, como cuando apareció por primera vez. ¿Qué oscuro sentido tiene someter a las reacciones del laboratorio intelectual una extensa milonga, apelando al auxilio del freudismo, el oráculo de Delfos y, cuando éste no responde, a las meras suposiciones?

Pareciera que el drama de los escritores cultos, pues hay de los otros, según Martínez Estrada, radica en la antinomia de que el *Martín Fierro* es la cultura barbarizada en tanto ellos deben culturar la barbarie. No pudiendo silenciar a *Martín Fierro*, lo destruyen en espesos y sibilinos tratados. Advierte Martínez Estrada: “En otro aspecto *Martín Fierro* es un levantamiento contra la cultura y las letras, contra el hombre urbano, contra la literatura de cenáculo contra el Salón Literario, sus corifeos y sus obras. Es una denuncia contra lo que en 1872 se entendía por buena literatura, por buena política, por ciencia, arte y filosofía: es una negación *ab ovo*”. Más adelante el autor agrega: “Martín Fierro es el anti-Facundo”. Efectivamente. *Martín Fierro* nace durante el gobierno Sarmiento, y tal vez como reacción a su gestión, circunstancia que explicaría el “pecado original” del Poema por su adhesión a la Argentina “bárbara”.

FILOSOFÍA DE LA ALPARGATA. En *Radiografía de la Pampa*[23], envidiablemente escrito, virtud peligrosa en este caso, en que la agudeza de Martínez Estrada ha hecho escuela en "levantarle la pollera" a la nacionalidad, se deja al descubierto cuanta infamia y cuanta podredumbre moral nos adorna. Después de Martínez Estrada, los argentinos somos unos bípedos, morfológicamente parecidos al ser humano, pero nuestra esencia se halla larvada en el estercolero. De lo que se desprende que al argentino se lo debe estudiar a nivel de la escatología y no desde la dignidad del hombre. La intelectualización, cuando no la sofisticación de la cultura, de escritores como el que nos ocupa, es la consecuencia de la "intoxicación por lectura", haciéndoles proyectar su frustración, cuando no su inmoralidad, al plano colectivo y nacional. El peligro de esta literatura del desprecio, es que crea una conciencia de revolcado en el estiércol, que hace a toda una teoría de la repugnancia propia: para Martínez Estrada los Conquistadores son seres patibularios; las indígenas, el hueco genésico de los aventureros españoles. De la excelencia de nuestros cirujanos, reconocida mundialmente, este autor da un rodeo para filiarlos en la estirpe de los matarifes y los mazorqueros. Y envolviendo todos estos despojos, un manto de ilegitimidad como sello característico de nuestro origen bastardo[24]. Que en buen romance, para Martínez Estrada, "flor que toca se deshoja", somos unos mal nacidos.

Así como cierta clase elude a los "compadritos", a los "patoteros", a los "guarangos", que tanto desvela en lucubraciones despectivas a los escritores puros, así también el pueblo condena a los guarangos y patoteros de la literatura. La sanción puede ser la indiferencia: pero la repugnancia trajo el asco, dirían los salmos, y se vomitó: "alpargatas, sí; libros, no".

Capítulo IV

EL LIBRO EN ACCIÓN

LA LECTURA SIMULADA - COLECCIONISTAS: LOS EXQUISITOS - DE LA MASA ABSTRACTA AL LECTOR REAL - EL BUEN LECTOR COMO FRACASO EDITORIAL - EL LECTOR MEDIOCRE Y LA DEMANDA DE LIBROS - LOS "*BEST-SELLER*" TRADUCIDOS - LA CATATONIA DEL NOVELISTA ARGENTINO - LECTURA Y ALIENACIÓN.

FETICHISMO BIBLIOGRÁFICO. El libro puede ser un pasatiempo, un elemento de estudio, un motivo decorativo o una herramienta de trabajo, como puede constituir un frívolo abalorio, de los tantos que rodean al hombre; pero, es el usuario quien determina finalmente la función del libro, el lector diríamos, ya que se presume que quien detenta un libro es para leerlo, no siendo esto siempre cierto. El hábito, como la necesidad de leer y la poderosa presión que establecen las convenciones del *statu* social a poseer los símbolos que definen a "los buscadores de prestigio", como ser automóviles de marca, porcelanas o muebles de estilo, también crean y sostienen el mercado del libro. No nos detendremos en los variados tipos de compradores de libros, como ser coleccionistas de "expósitos", "incunables", "elzevirios", ediciones "príncipes"; manuscritas, autografiadas, numeradas, como los hay que coleccionan cuanto *Martín Fierro* se edita. También existen coleccionistas de libros de literatura amorosa —que va de lo erótico a lo pornográfico— existiendo en la Biblioteca Nacional, por donación, una de las más completas en esta hermética *curiosidad*, vedada al público por el secreto y las paredes de un exclusivo departamento, como en el Louvre tienen Rodin su museo, no muy estatuario, de esculturas en situaciones solo reservadas a la soledad compartida con el sexo opuesto. El comprador, mejor que el lector, de estos tipos de libros pertenecen a un género de exquisitos o exquisiteces que no tomaremos en cuenta por no tener una activa intervención en la industria editorial ni en la cultura[25], ya que se mueven en un mundo pretérito, como en un osario de autores, libros y editores.

LA ENTELEQUIA. El lector que preocupa y que trata de ubicar el profesional del libro, el sociólogo y, eventualmente, el investigador de mercados, es la personalidad más ambulatoria y vaga que escapa a toda tipificación; excluyendo al profesional que debe adquirir cuanto tratado nuevo aparece en su especialidad ya sea éste médico, abogado o ingeniero; los textos universitarios como los de enseñanza media o escolar, cuentan con una demanda fácilmente determinada de antemano. Pero el lector tipo, para quien las editoriales planifican su producción de filosofía,

literatura, política, divulgación, arte, biografías, historia, etc., resulta una abstracción y, por lo tanto, una irrealidad para ser representado por una cifra en el Registro de la Propiedad Intelectual[26], como en las Cámaras gremiales. Fácilmente regulable la producción de bienes de consumo, el libro escapa a las leyes corrientes de la oferta y la demanda y de las ciencias económicas; tanto es así, que hasta su clasificación es imprecisa entre los economistas. Algunos hacen estas consideraciones:

> "*Los artículos de lujo*, de uso durable serán desde una buena casa y buena ropa *hasta libros* y fotografías…"[27].

He aquí el libro considerado un artículo de uso durable y de lujo, por añadidura, calificaciones estas muy ligeras que el capítulo V, "Condición de mercancía del Libro", analizaremos detenidamente, comprobando que el libro es un *bien de producción*, un *bien de consumo*, un *bien de uso único* y un *bien de uso durable*, como también su compra resulta un acto absurdo.

LAS MOTIVACIONES. Estas condiciones económicas del libro, reflejan claramente su comportamiento etéreo en la comunidad. Por momentos Nietzsche resulta más compulsivo que almorzar, y Marx ilumina al industrial indicándole dónde radica el talón de Aquiles de su prosperidad. Los cirujanos repasan las técnicas quirúrgicas horas antes de una intervención en los tratados de su biblioteca y la "niña que se hace mujer" sueña junto a *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Un acontecimiento familiar decide el obsequio de un libro de cocina y un neurótico, ante la imposibilidad de viajar, busca en el libro algún paliativo a su angustia. ¿Cuántos factores aleatorios concurren para que una persona penetre en una librería y adquiera un libro? Curiosidad, distracción, búsqueda, profesionalismo, soledad, angustia, lucha, afán de prosperidad, problemas de adaptación, simulación, vanidad. Se puede argüir que estos factores anecdóticos no hacen la base firme de una industria, dado el carácter accidental de los mismos; que el mercado del libro debe tener su "elenco estable", sino de consumidores, de necesidades de consumo que lo ponga a cubierto de hechos subjetivos y antojadizos; pero, no es así: la industria editora descansa sobre una masa potencial de compradores, pero no sobre reales lectores; con más propiedad, diríamos que reposa en una capa de "atmósfera" formada por el espíritu y la carne del hombre, pero no sobre el hombre mismo. Esta comprobación nos hace arriesgar, sin temor a decir una enormidad, que no son los lectores más exigentes y cultos los que contribuyen al negocio del libro; sino aquellos que por falta de formación y orientación desconocen las obras fundamentales, despilfarrando dinero y tiempo en la búsqueda de exégetas o divulgadores, que es caer en la segunda mano del conocimiento. Si el negocio del libro se asentara sobre "los siete pilares de la sabiduría" muy otro sería el negocio librero y editorial en el país. Sólo así se explica la farragosa como reiterada

producción bajo títulos que inducen al error cuando no falsificados o suplantados, manteniendo el "*in crescendo*" editorial. Todo esto, Ortega y Gasset, sin la piedad que tuvo Plinio para con los malos libros, lo señaló con sobrada valentía.

> "Mas no sólo hay demasiados libros, sino que constantemente se producen en abundancia torrencial. Muchos de ellos son inútiles o estúpidos constituyendo su presencia y conservación un lastre más para la humanidad que va de sobra encorvada bajo sus otras cargas"[28].

LA PIEDRA EN EL LAGO. Solo cifras globales, fruto más de un concepto empírico, trasmitido por tradición oral entre editores, tanto de los temas a editar como de sus potenciales lectores, hacen de éste una incógnita. Por otra parte, muchas veces, el editor y el librero se ven descolocados, como los políticos, por el desplazamiento de la masa lectora, polarizándose en una obra que concitaba modestas esperanzas de venta. Cierta tendencia a la alquimia de las motivaciones masivas, ayuda a confundir las conclusiones de quienes buscan los lectores *potenciales teóricos*, *virtuales* o *reales*. Salvando aquellos libros que gozan del patrocinio de grupos ideológicos o doctrinarios, como es la Iglesia Católica, el Partido Comunista, el espiritismo con su ramas Rosacruces, Yogas, etc., grupos monolíticos, endurecidos, sin riesgo de ser "filtrados", que acatan indubitablemente lo señalado desde la cúspide de la pirámide, existe un público sumamente importante como fantasmal que por instante es potencial y de pronto se convierte en real: son las desconcertantes cifras para Adolfo Prieto[29] de *La Hora Veinticinco* con sus 160.000 ejemplares, contra las menguadas ediciones de autores argentinos. Este autor nacional compara:

> "El libro de autor argentino, aún aquel que corrió el azar de la versión cinematográfica, la máxima propaganda que puede aspirar hoy un libro, no consigue la adhesión de esos lectores. (Compárense las 3 o 4 ediciones de *El Túnel* o *Barrio Gris* con los tirajes fabulosos de *Duelo al Sol o Por siempre Ambar*).

ENSAYO VS. NOVELA. Esta reflexión nos merece sumo respeto y atención, por provenir de un escritor argentino que al manifestar el malestar ya expresado por otros escritores nacionales, encara el disconformismo de todos ellos. Subrayemos que se trata de escritores de novelas, ya que tenemos otros que son también escritores, aunque no se dedican a la ficción, como Bernardo Houssay y colaboradores, con su tratado de fisiología, texto y obra de consulta en toda América

Latina y España; Ricardo Rojas con *El Santo de la Espada*, libro que actualmente sobrepasa fácilmente los 300.000 ejemplares, obra que no debiéramos tener muy en cuenta ya que está "señalada" como texto auxiliar para la población escolar, del mismo modo que *Don Segundo Sombra* y otros; pero, tenemos otros ejemplos: *El Hombre que está solo y espera* de R. Scalabrini Ortiz con ocho ediciones que van de los 10.000 a 20.000 ejemplares por edición; todas las obras de Lisandro de la Torre, que consta de 6 tomos, con temas tan poco atrayentes como son las cuestiones municipales, debates parlamentarios y problemas ganaderos, a excepción de *Intermedio Filosófico* que es una viva polémica sobre un tema eterno. De esta obra, durante cinco años se estuvo editando regularmente en tiradas de 20.000 ejemplares. De las obras de José Ingenieros, basta mencionar el *Tratado del Amor* y *El Hombre Mediocre*; de este último solamente en el momento de cumplirse los 30 años[30] de fallecido el autor, pasando en consecuencia al dominio público, se imprimieron por una cifra superior a los 200.000 ejemplares de manera simultánea y por distintas editoriales. De las obras de Manuel Gálvez —*Sarmiento*, *Yrigoyen* y *Rosas*— de cada tirada van de los 80.000 a 100.000 ejemplares. De *La Fuerza es el Derecho de las bestias de* J. D. Perón, se pasaron los 300.000 y un modesto "*best-seller*" de Arturo Jauretche, *Los Profetas del Odio*, 20.000 ejemplares.

Nos detendremos en un libro que hará meditar al autor nacional y que, por tocarnos de cerca, estamos en inmejorables condiciones para analizar, obteniendo conclusiones un tanto insólitas: nos referimos a la *Historia de la Argentina*, de Ernesto Palacio. De este libro se han hecho 3 ediciones, hallándose en preparación la cuarta. Tomando el total de los ejemplares vendidos de este libro y promediando el precio de venta de las distintas ediciones contra los 160.000 ejemplares de *La Hora Veinticinco* —son libros contemporáneos—, a un precio promedio de $ 25.— a pesar de que cuando se publicó costaba de "tapa" $ 16.—, supera el valor de venta de la "Historia de la Argentina" en varios centenares de miles de pesos, al total del libro de Gheorghiu. Pareciera fuera de lugar la relación, pues se comparan dos valores distintos, pero, indiscutiblemente la satisfacción de un interés, como su acrecentamiento o atonía, está condicionado por su valor económico. Estos escritores de éxito, si bien no son novelistas[31], no por eso dejan de ser menos escritores que los apuntados por Prieto. El malestar según este autor, eco de otras manifestaciones de la misma índole, radica en el equívoco que considera exclusivamente *escritor* al novelista y *libro a la novela*.

LA FUERZA DEL DESTINO. Por otra parte, novelas como *Duelo al Sol*, *Por Siempre Ambar* o actualmente *El Vicario*, así como infinidad de obras traducidas, las cifras que dan las editoriales argentinas, se refieren a ediciones que cubren todo el área idiomática de habla hispana de 200.000.000 de habitantes compuesta por América Latina y eventualmente España[32]. Tampoco debemos

olvidar que dichas traducciones vienen proyectadas por una fuerza centrífuga irradiada hacia nuestra periferia por todo un sistema llamado “cultura occidental”, que crea ideas, gustos, estilos de vida, modas, “play-boys” y “monstruos sagrados”, avivado insistentemente por el periodismo, las agencias noticiosas y el cinematógrafo.

Las novelas de autores nacionales tienen el ámbito del país, Uruguay, a veces Paraguay; excepcionalmente Chile. A nadie extraña que exceptuando Uruguay, al que nos une una misma historia y una idéntica cultura, los temas argentinos contadas veces interesa en el resto de América[33] ya sean literarios, políticos, sociales o históricos, salvo como motivo de investigación en universidades latinoamericanas y en las estadounidenses, para sus departamentos de estudios hispánicos y latinoamericanos[34]

ESTUPOR Y LITERATURA. Siguiendo a Adolfo Prieto que compara el éxito de las novelas extranjeras con las nacionales, se infiere del movimiento editorial una cifra superior a los 100.000 lectores:

> “cifra modesta en proporción a los supuestos 10.000.000 con que cuenta el país, pero desorbitadamente superior a la que presta su concurso a las obras de literatura argentina”.

La desoladora comprobación de este crítico merece un paréntesis: existiendo tal masa potencial de lectores ¿a la cuenta de quien debemos cargar la culpa del rechazo de los literatos argentinos? ¿Es el público que no se identifica en sus escritores o son estos que no expresan a aquellos? Prosiguiendo con el trabajo de Prieto, publicado en 1956, tomaremos la primera cifra (100.000), por componerse la segunda, más de alfabetos, lectores de revistas y diarios, que lectores habituales de libros. ¿Cómo se comportan estos 100.000 lectores y por qué coinciden de pronto en una determinada obra? Seguiremos con el ejemplo de *La Hora Veinticinco*, por ser este no solo esgrimido por Adolfo Prieto sino por otros ensayistas argentinos, desconcertados por este fenómeno literario-comercial.

LA GRAN ESTAFA. El libro de Gheorghiu debe su espectacular venta a un hecho oscuro y confuso, en el que se mezcla el interés político y económico por una parte y la sorpresa por otra. Como todos saben es el drama del hombre-masa reducido a un número. Primero Hitler y luego los aliados, manejan a los hombres masificados, borrando toda individualidad para someterlos a una voluntad de guerra primero, y luego a una de reconstrucción. Para que cumpla estos

designios, el hombre es expresado en los planes de los que ordenan el mundo, por una cifra, un número que inevitablemente también nos asignan en los planes del Banco Hipotecario. Pero a Gheorghiu no le agradó el trato descortés que le brindaron las fuerzas de ocupación aliadas, como antes le habían disgustado los culatazos de los S.S.[35]. Promocionado el libro desde las columnas de "La Prensa" preincautada[36], en pleno gobierno peronista, no fue óbice para que el director[37] de la empresa editora del libro influyera en el citado matutino y tal vez lo sorprendiera; dicho comentario fue el santo y seña para lectores desprevenidos y, el libro bajo el sobaco, el salvoconducto para engrosar el pelotón de libertadores. *La Hora Veinticinco* aparentaba satisfacer el apetito atrasado de libertad y desencadenaba la *catarsis*, largamente contenida, de los revolucionarios que se revolvían en la cama leyéndolo, mientras sus mujeres lanzaban palabrotas, colocándose los ruleros.

FINAL CON PERICÓN. El personal de servicio *bien*, contrajo el sarampión de la lectura y también lo compró. Los "canillitas", no ya los libreros, vendían una *Hora Veinticinco* y un vespertino. El misterio hasta ahora no develado, es saber quién lo leyó y quien logró pasar, no ya la "hora veinticinco", sino la página veinticinco. La desilusión final de los que formaron barricada con el libro, es que Gheorghiu fue el último huésped distinguido que dejó el presidente depuesto el 16 de setiembre de 1955, un tanto olvidado, en la quinta de Olivos. El éxito inusitado de los libros que pasan la barrera de las cifras convencionales, es debido a que invaden zonas extraliterarias, incorporadas imprevistamente, en los momentos de crisis, a la lectura de un libro, a una manifestación callejera o a un espectáculo teatral.

EL HOMBRE EN EL TIEMPO. En esto tienen mucho que ver los núcleos de intelectuales, camarillas prestigiadas y atentamente observadas por porciones marginales de personas que contemplan su juego. Estos grupos se nuclean alrededor de una revista, elemento aglutinante de movimientos estéticos e ideológicos. "El Escarabajo de Oro", "Hoy en la Cultura", "El Príncipe" y "Sur" es el periodismo más visible que actualmente, si bien no representa la totalidad del pensamiento militante, reúne a los más disciplinados; en tanto la llamada izquierda nacional tiene un periodismo difuso que a ratos se expresa en "Relevo", otras en "Compañero", "Lucha Obrera" o en revistas que nacen y mueren prematuramente; pero, de cualquier modo, es significativo que una actitud política no tenga un órgano oficial exclusivo; lo que supone que es un poco de todos.

Esta actividad de "grupos" como fuera "Boedo" y "Florida", recuerda la que se formara alrededor de la "Nouvelle Revue Française" fundada por Gide, Roger Martin du Gard y Gastón Gallimard a comienzos de siglo, cuyo mérito consistió en animar e influir, en el público no especializado, el gusto por la literatura tanto como por las

ideas de su tiempo.

Difícil es determinar donde finaliza el hombre y comienza la literatura; todos la hacemos en alguna medida; hablando o realizando nuestras vidas. Es la crónica lírica, vulgar, dolorosa o ridícula de cada uno y de todos nosotros y con todos los problemas, diríamos la salsa, donde nos cocinamos. Jean Paul Sartre se responsabiliza como hombre y como escritor, testimonia:

> "Suele lamentarse la indiferencia de Balzac frente a las jornadas revolucionarias de 1848; la incomprensión timorata de Flaubert ante la Commune; uno se lamenta por ellos, pues en esas actitudes hay un fracaso, algo que falta; algo que han perdido para siempre. Nosotros no queremos faltarle en nada a nuestro tiempo; tal vez los hubo mejores, pero este es el nuestro. Tenemos esta vida que vivir, en medio de estas guerras, estas crisis"[38].

ARTE IMPURO. De aquí la controversia permanente entre quienes pretenden reducir la literatura a un campo específico, de arte puro, sin contaminaciones de ninguna índole y quienes sostienen que la literatura es "compromiso" político, social, religioso o moral. Escritores cuya cultura artística difícilmente podamos cuestionar como Andre Malraux, debió su fama a novelas políticas como *El Tiempo del Desprecio* y *La Condición Humana*; Franz Werfel a *El Jardinero Español*, *Oscuridad a Mediodía*; Hemingway a *Por quién Doblan Las Campanas* y *Adiós a las Armas*.

Este quehacer literario, explica por qué una novela es "*best-seller*"[39] sin ser necesariamente un modelo desde el punto de vista formal y estético; las ideas predominantes, el anhelo de justicia, la consigna del momento, o el espíritu de la época, encarnado en un momento crítico del proceso, en un escritor o un libro, precipita la adhesión de la mayoría del público que no siendo esencialmente de letras, buscan la identificación a través del medio que mejor lo expresa o lo simboliza. Este puede ser la novela, el cine, la magia, el teatro. Conversando con editores españoles, luego del desastre de la guerra civil que sufrieron, les expusimos nuestro temor sobre el negocio del libro en dicho país; nos aclararon que en medio de la catástrofe era próspero, atribuyéndolo a la necesidad que tenía el pueblo español de explicarse dialécticamente el drama vivido. Probablemente asista la misma razón al auge, que desde los últimos años comprobamos en un tipo de literatura exotérica como es *El Tercer Ojo, La Vida de un Lama, El Médico del Tibet*, la profusión de horóscopos, las conferencias de parapsicología que luego recoge el periodismo espectacularmente, remachado con la versión científica de L. Pawles y J. Bergier *El Retorno de los*

Brujos, libro de venta exorbitante entre lectores de nivel universitario. Este auge se da entre nosotros en un período crepuscular de la vida nacional; la realidad es viscosa y los acontecimientos ilógicos: es cuando el hombre se *aliena*, buscando las soluciones a sus problemas en los temas irracionales y mágicos.

DE SHAKESPEARE A RATTIN. Enmascarados los valores, no es difícil la alienación del individuo, máxime cuando esa alienación corresponde al país como entidad política y económica, en relación con las grandes potencias. Suponer alienada a la clase obrera en la "cultura de masas" de los quioscos, del cine, de la radio y del fútbol, como sostiene J. J. Sebreli[40], es confundir la capacidad mitómana del individuo con la suplantación del instrumento que lo hará libre, por el que lo perderá; como el que cree que por la vía del espiritismo y no del sindicato, logrará el bienestar y la seguridad que ansía. La búsqueda por el camino incorrecto y las falsas respuestas a los interrogantes, aliena. No está alienado un "hincha" *en* Boca Juniors; pues es su única apetencia emocional y mental y la más severa reeducación no sustituiría su hinchismo futbolero por Marx, el problema de la reforma agraria o el golf. La alienación social es como la locura. No es loco el que quiere sino el que puede, dicen los psiquiatras. Existe una subconsciencia que anuncia que "algo está podrido en Dinamarca"; la carencia de un instrumento adecuado para que suba a la superficie consciente la comprobación de que "algo está podrido en Dinamarca", lleva al hombre a la locura o a la alienación social, que no es otra cosa que la neurosis, una locura atemperada y controlada por el individuo. Esta condición no la tiene el hincha de fútbol, entendiendo por tal al que toda su esfera mental se halla ocupada por su equipo y vive en función de él: los domingos salta en el cemento del estadio, a la salida, escupe al automóvil que inadvertidamente se metió entre el gentío, y desde el camión que lo trae de vuelta insulta a los transeuntes; este personaje extremo —el hincha "tipo" de los sociólogos— no está "alienado" *en* el fútbol, es simplemente un oligofrénico, un débil mental, incapaz de conflictos interiores, que es por donde se aliena el hombre.

Los alienados en el fútbol son personas como Pepe Peña, Juvenal y muchos asistentes a la "Polémica en el Fútbol" que han intelectualizado algo que no da para más, que hacer goles o evitar que los hagan. Los que ven fútbol, como espectáculo y destreza, posiblemente no lleven un libro de Lenin bajo el brazo, como quisieran ciertos intelectuales dados a la soledad y a la meditación, pero indudablemente se incorporan a una manifestación de masas que mucho tiene que ver con el pueblo.

LOS INTELECTUALES DESPRENDIDOS. El hecho de tener colgado en la cabecera del catre el retrato de Boca, ya que no se puede tener un Van Gog, no impide que el lunes se discuta fundadamente un salario o se

decida la huelga, pues si hay una clase “inalienable” o alienable en última instancia, es —precisamente— la clase obrera, por el enfrentamiento cotidiano con necesidades concretas que lo incapacitan para subjetivar la realidad. El obrero todos los días tiene que resolver el problema de comer, no de alimentarse. El comer es una necesidad primaria. Alimentarse es un acto superior que entraña una dieta equilibrada y racional. El burgués se alimenta. El obrero come. Probablemente Sebreli tomó a la clase media baja, cuyas mujeres viven el fetichismo de los “artistas” de Radiolandia o Idilio, dadas *las dificultades que tiene el intelectual para llegar hasta la vida cotidiana del proletariado* según confiesa gallardamente este autor en la página 157, nota 11 línea 13/15, 1.ª edición, de su citado libro.

La alienación es un poco la expresión marxista de lo que llamamos “castración por la cultura” *propia de la clase que realiza servicios*, según transcribe Sebreli a Wrigth Mills, pero que no hace cosas Tenemos la identificación que hace un escritor burgués de su propia clase: André Maurois. Este, la identifica porque “vive” de la lengua. Su actividad es verborrágica; el abogado, el agente de seguros, el vendedor, la burocracia jerarquizada; parlamentarios y periodistas, han tenido acceso a la universidad, o por lo menos, a la enseñanza media, poniéndolos en contacto con un conocimiento de las cosas, por referencia. Están informados de un mundo contado o leído, en que la palabra ha suplantado a la “praxis”. Dominan el “segundo sistema de señales”, “señales de señales”, según J. P. Pavlov[41], que consiste en reproducir aproximadamente las imágenes, los estímulos y las impresiones del mundo exterior, “señales de señales” que el sabio ruso estimó sospechosas, infieles y provisorias.

Esta clase que “realiza servicios” impedidos de realizarse en la acción se realizan por la palabra y la lectura; hablan convenciendo por poco tiempo. Hacen periodismo. Dan conferencias y por fin, escriben un libro. Que es la forma de cerrar un círculo. O ejercer una venganza.

Capítulo V

LOS ESCRITORES ARGENTINOS

EN LAS "ORILLAS" DE LA CIVILIZACIÓN - LA IMPORTACIÓN DE LA CULTURA - "EL PRIMER OFICIO" - EL ESCRITOR: DE LA FUNCIÓN POLÍTICA A LA PSICALÍPTICA - LA "PROFESIONALIZACIÓN" DEL ESCRITOR.

A LA VERA DEL CAMINO. Nuestra condición de consumidores, más que de productores, nos ha convertido en melancólicos espectadores de la historia que hace la humanidad, sin participar activamente en ella. Fundamentales razones de tiempo, por ser uno de los últimos espacios del continente colonizado por España, nos da una juventud como sociedad organizada, y poderosas razones de distancia geográfica, nos han relegado a un destino orillero de la civilización; no conquistamos ningún país, no cañoneamos ningún puerto, no penetramos ninguna economía, no colonizamos ninguna tierra, no dominamos ningún mercado; es decir, no somos protagonistas de satrapías, de epopeyas ni dramas, fuera de la órbita de la nacionalidad. Carecemos de motivos para convencer ensayando la defensa de torcidas persuaciones. Pareciera que cuando nacimos estaba todo hecho, resignándonos a una paz inquietante y neurótica. Mientras tanto, el ensimismamiento volcado hacia adentro nos hace contemplativos enjuiciadores de nuestra espesa realidad. La reflexión su planta la acción y la crítica de café desbarata energías, proyectándose en convulsiones de lejanas latitudes. El vacío, la ausencia de objetivos y la incapacidad de fantasía para realizar, nos ha tornado sordos maledicientes y contumaces disconformes, que aún no se traducen en lucha y trabajo. Impregnados por este clima los escritores reflejan abstractas apocalipsis, plañideras remembranzas de tiempos mejores, cultivo del desprecio, reyertas, mutuas acusaciones, profecías rojas de sangre, y una enfermiza predisposición al análisis minucioso de los menores actos, denota la clara sintomatología de la inmadurez emocional del argentino, espejada en el narcisismo literario. Conteste con esto, a nuestros escritores no podemos exigirle una gran literatura cuando nada grande hemos hecho aún nosotros; Cervantes, Goethe, Kipling, Twain, Dos Passos, son las vibraciones de un mundo galvanizado por Hernán Cortés, Napoleón, Disraeli o Washington. Condicionados por el país, un sentimiento de precoz frustración hace presa del escritor argentino, dándose en el tono que es su estilo: iracundo, J. A. Ramos; doctrinario, H. P. Agosti; lejano y aristocrático, Mallea; irascible, Gálvez; profesoral, Hernández Arregui; filosófico, Murena; apocalíptico, Martínez Estrada, y fatalista Sábato; pero, en todos ellos, una profunda necesidad de explicarse a sí mismo, más que al público, es la razón que justifica su labor literaria.

EL SALARIO DEL MIEDO. La acusación que hiciera J. A. Ramos[42] y J. J. Hernández Arregui[43] a los intelectuales dedicados a interpretar a Joyce, James o Kafka, más que la traición al país, es la resultante del bastardeamiento de la cultura. Se adscribe Mastronardi a esta confesión: "en nuestro territorio, todo lo humano con excepción del indígena y casi todo lo animal y vegetal es adventicio y trasladado". Así es. Del romanticismo al existencialismo, de la rueda a la cibernética, de Clausewitz a Mao Tse Tung, todos los conocimientos también son importados, para luego ser interpretados, divulgados o reelaborados por los intelectuales argentinos, quedando así relegados a la condición de fabricantes de sub-productos culturales. A esto se le ha llamado crisis de la cultura argentina: "La cultura argentina se produce marginalmente, en los espacios libres que el *segundo oficio* (el oficio que permite vivir) deja a los creadores de cultura" expresa Héctor P. Agosti[44]. Esta reflexión la hace este autor pensando solamente en los escritores que son, incuestionablemente, los que entre *la "élite" del diploma*, salvando escasas excepciones, no han logrado la "profesionalización" como tales.

LA FUERZA DE LA DEBILIDAD. ¿Por qué trabaja el hombre? La respuesta parece obvia: necesidad de cubrirse, tener reparo, alimentarse. Si imagináramos —violentando toda lógica— al hombre insensible al frío, a la intemperie, resistente a la enfermedad y al dolor, ausente de toda urgencia orgánica de nutrición, no alcanzaríamos a suponer cómo sería actualmente la humanidad; pero, seguramente, muy distinta a esta en que vivimos, en que el miedo al sufrimiento y la conciencia de su debilidad paradójicamente, la ha sobre tecnificado. En su debilidad está, pues, su grandeza. ¿Por qué escribe el hombre? Para esta pregunta existen respuestas más elaboradas y autorizadas que las que podamos dar nosotros. Flaubert, Freud, Simón de Beauvoir, Sartre, etc., no escaparon al interrogante y las respuestas se sintetizan en fuga de la realidad, compromiso, militancia, juego. Pero en estas cuatro premisas, fruto de un largo y laborioso como complejo proceso social y cultural, yace una original compulsión de llenar un vacío o una soledad, que el hombre la ha ido realizando a lo largo de los tiempos, creando cosas permanentemente[45]. Entre ellas está la *necesidad* de escribir. Necesidad orgánica y síquica, pues abarca la totalidad del individuo: su cuerpo y su alma. Sin esta urgencia no se concibe el escritor aunque se pueda concebir en el hambre y el desamparo, como en la opulencia y la fastuosidad, variando únicamente el producto intelectual: Voltaire, escribía y prestaba dinero en usura; Gorky, vagabundeando; Capeck, en la precaria tranquilidad que le daba la cárcel; Güiraldes, viajando; Larreta, suntuosamente protegido; Hernández, peleando y fugando. En todos estos casos, que por otra parte se pueden llevar al infinito, está, patente que se escribe por encima de una relación económica, así luego se establezca dicha relación, convirtiendo la

enajenación intelectual en un medio de cambio, de uso o de capital. Que es la aceptación, el éxito o la gloria.

EL ALBAÑAL. Pretender vivir de su trabajo es una digna aspiración; y, lograrlo, es casi una forma superior de las conquistas. Desde las mal remuneradas y simples labores a las funciones especializadas, hay una gama de sobrevivencias que denuncia la injusticia de un sistema anárquico, subvertido e irracional, en que el sentido de la vida se ha perdido, si es que éste significa exclusivamente el valor pecuniario de las cosas. El trabajo, justificación primera de la razón de vivir, se convierte en la última instancia, cuando se han probado todas las otras formas del seudo trabajo que aglutinan las grandes ciudades. Una acumulación enorme e insólita de guaridas infames en solapadas oficinas; con elegantes fieras comprando alhajas, cheques o pagarés a vil precio. Fabricantes de nadería. Mercado negro. Organizadores de la mendicidad con bonos auténticos y legales. Empresarios de la rifa. Organizaciones de crédito. Rematadores de ilusiones. Escribanías tramposas. Apostadores. Comerciantes del sexo. Empresas para la vivienda. Martilieros. Periodismo negro. Editoriales ruines. Corredores de Bolsa. Baja política. A todo esto también se le llama trabajo. Trabajo inútil, que desgasta y arruina, y sin embargo estos "trabajadores" tienen ocupación, se los busca; cumplen una función de dilapidación: "hay corrupción, luego existo", pueden decir con Descartes. Y en el subsuelo de la especie humana, por donde se deslizan estos deshechos, una constante razonable los justifica. Como se justifica al obrero, al chacarero. Todo lo que existe es en función de algo o de alguien.

EL "ORDEN DEL PICOTAZO". El hombre que escribe también lo hace en función de algo o de alguien; de hombres, de grupos, de ideas estéticas, sociales, políticas. Una sociedad fragmentada por intereses auténticos como falsificados, y bestializada por la especialización, donde los locos morales y los cuerdos criminales hacen de la ciencia un fin en sí misma, tienen cabida Von Braun y Henry Miller, Dalmiro Sáenz y "Cacho" Otero. Las camarillas y las *élites* son seguidas, atentamente, por *snobs* o curiosos inteligentes en íntima comunión, y adhieren en última instancia por solidaridad de clase. La clásica división de burguesía, clase media y proletariado, está representada por los escritores argentinos, en los dos primeros estratos —burguesía y clase media— y de estas dos, es la clase media la que aporta el mayor número que pugna por imponerse en el "orden del picotazo". Y en todos ellos, un signo común los identifica: la política; en tanto la llamada burguesía, actúa, ya sea traduciendo o interpretando filosofía, literatura hermética o psicalíptica.

POLÍTICA Y PORNOGRAFÍA. Es curioso, pero no casual, el hecho que a un gobernante derrocado por "traición a la patria", "incitación al crimen", "asociación ilícita" y "blasfemo de los símbolos nacionales" (quema de la bandera), el único juicio pendiente que tiene con la justicia y por el que se pidió la extradición, sea por estupro. Es decir, el mismo delito que la burguesía, desde sus editoriales, hace la apología[46]. Para la burguesía, la política es una cosa pequeña e indigna de su atención, mientras a la clase media le quita el sueño. Ellos controlan el poder; éstos realizan el camino del poder por la literatura. Dime que mentas, te diré de que careces.

Escribir en nuestro medio, raramente es una profesión; pero, sí, una necesidad política; lo cual compensa el lucro cesante en función de escritor, por la virtual capitalización en caudal político; el libro ha servido, de alguna manera para instrumentar una política o una ideología. Desde *La Representación de los Hacendados* hasta *Petróleo y Política*, el argentino lucha haciendo del libro un "factor de poder". Conquistado el mismo, es un testimonio bastante inoportuno; los investigadores no pueden conciliar al Mariano Moreno de *La Representación*, con el Moreno, jefe de gobierno y autor del *Plan de Operaciones*. Depende de la sinceridad o la inconsecuencia. Pero son los libros de política, y al decir política incluimos los de economía, historia y muchas novelas, los que responden de alguna manera a la política; *Amalia* y *El Matadero*, son los antecedentes ilustres de este género que no puede eludir su destino. Muchas de las obras de Manuel Gálvez, son "claves" de un clima político vivido por el país, como lo fue en el 90 *La Bolsa*, de Julián Martel, y al despuntar el siglo *El hombre Mediocre*, de Ingenieros.

VENCEDORES Y VENCIDOS. Sería abrumador detallar la literatura política publicada en los últimos 10 años; por otra parte, no es nuestro cometido, pero señalaremos los grandes picos que marcaron la fiebre nacional, mientras por el valle se deslizaba la bibliografía, tanto para justificar su actitud —Amadeo, con *Ayer - Hoy - Mañana*; Bonifacio del Carril, con *La Revolución Libertadora*; Sánchez Zinny con *El culto de la infamia*— como crear las condiciones futuras para realizar la política que, ya desde años antes del derrocamiento del gobierno, se planificaba como una fatalidad, más allá de los argentinos. A estos libros le salieron al paso *Civilización y Barbarie*, de Fermín Chávez; *Los profetas del odio*, de Arturo Jauretche; *El Proletariado en la Revolución Nacional*, de R. Puiggrós; *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, de Jorge Abelardo Ramos; y la importante obra que resume el colonialismo mental de nuestra burguesía: *Imperialismo y Cultura*, de J. J. Hernández Arregui, libros éstos que a ocho años de su aparición se siguen leyendo y reeditando.

El mérito de estos libros es que le dieron un contenido, social, económico y

político, a un movimiento que durante su permanencia en el poder, no lo tuvo expresado a nivel intelectual para uso de académicos, ya que la doctrina justicialista, elaborada para consumo de la masa popular, aunque implícitamente lo contuviera, no expresaba la industrialización, el proteccionismo, y el antídoto que es para toda penetración, la exaltación de la dignidad nacional, sino muy por el contrario, era la suma de anhelos de un pueblo en gran parte embrutecido por los que dominan esta terminología, dicho en su lenguaje, llano y simple.

EL HUMORISMO COMBATIENTE. La crítica más corrosiva al régimen peronista fue, casualmente, la que se centró en su "incultura". Los chistes que se hicieron a costa del ex mayor Carlos Aloé[47], al margen que eran muy buenos, constituyendo el único alarde de talento de la oposición, con el tiempo se supieron infundados. Los cuadros dirigentes del peronismo tuvieron carácter de "baratos", "incapaces" e "ignorantes". Fue tal la ceguera de la llamada clase culta, que la escuela de cirugía que fundaron los hermanos Finochietto, una de las más importantes del mundo, creadora de técnicas e instrumental quirúrgico, se silenció; y su tratado[48], editado en varios tomos, en un alarde insuperado todavía de conocimiento científico y calidad gráfica, fue saboteado por los colegas "democráticos", ¡porque los hermanos Finochieto eran "peronistas"! Los "flor de ceibo" constituían hombres como Scalabrini Ortiz, Luis María Albamonte (Américo Barrios), premiado en 1936 por el diario "La Prensa"; Roberto Tamagno, fecundo profesional y escritor de asuntos históricos y municipales, hombre probo y generoso; Ernesto Palacio, diputado acusado de incapaz por no haber hablado en ninguna sesión del Congreso, tuvo que desmentirlo publicando un breve, pero denso trabajo; *Teoría del Estado*; Arturo Cancela, autor inolvidable de *Tres Relatos Porteños*, periodista de "La Nación", primer premio Municipal de Literatura; Homero Guglielmino el autor de *Temas Existenciales*; Armando Cascella, cuentista de *La cuadrilla volante*; Arturo Cerretani, autor de *El bruto*; Manuel Gálvez, el infatigable escritor; los poetas Rafael Jijena Sánchez, Luis Cañé, Lisardo Zía, Alberto Franco, Juan Vignale, Nicolás Olivari, Horacio Rega Molina, León Benarós, Leopoldo Marechal; ensayistas como Manuel Ugarte, Carlos Astrada, Jorge del Río, Leonardo Castellani, Arturo Cambours Ocampo, Ramón Dolí; matemáticos como Carlos Biggeri; humanistas como Enrique François; musicólogos como Juan Francisco Giacobbe; antropólogos como José Imbelloni; internacionalistas como Lucio M. Moreno Quintana. Y en la literatura popular los nombres de Enrique Santos Discépolo, Homero Manzi, Cátulo Castillo, Claudio Martínez Payva y Alberto Vacarezza y el "lunfardólogo" José Gobello, son inevitables en una enumeración honrada, del hacer cultural del país. Escritores y hombres cultos, que si no fueron burócratas, con el carnet de afiliación para disfrutar del poder siguieron y apoyaron, hasta donde era posible hacerlo, a un gobierno que se combatió, justamente, desde los ángulos que no debió atacársele,

dejando la crítica de lado, los verdaderos flancos débiles.

El error de estos hombres capaces es, justamente, no haber desmentido las imputaciones, escribiendo y publicando. Pero está comprobado que la tarea de escribir se reserva para conquistar el poder. Una vez instalado en él, el vértigo borra el tiempo disponible, y vuelto al llano, en la recapitulación, se retorna a las letras. Es esta la razón por la que nos visitan, asiduamente, antes o después de ser gobierno, pero jamás durante, los hombres que la suerte les ha deparado la tarea de hacer la historia del país.

LITERATURA TRAICIONADA? La función reservada a los escritores, especialmente a aquellos que les toca pensar los problemas argentinos y servir a grandes sectores del pueblo, con el análisis, la interpretación de los hechos, aparentemente banales pero realmente graves, es una corona de espinas incómoda cuando no dolorosa. La difamación, la suspicacia, el "boicot", "todo rodeado de silencio", cuando no el riesgo de que se conviertan sus postulaciones en una falaz literatura política, que alfombre el camino del poder de quienes una vez instalados dan la espalda al pueblo y a sus teóricos: Gabriel del Mazo, Dardo Cúneo, Rogelio García Lupo, Hurtado de Mendoza, Osiris Troiani, los hermanos Ismael y David Viñas, Noé Jitrik y J. J. Sebreli, son algunos ejemplos de cómo detrás de un escritor puede esconderse una política traicionada; y cómo, también, detrás de un político frustrado, acecha un escritor: *Política de Entrega* y Alejandro Gómez.

Dos publicaciones claves, cuya desaparición posterior simbolizó la muerte política del pequeño burgués, son "Que" y "Contorno"; una para el esclarecimiento de los grandes problemas nacionales: industrialización y desarrollo; y la otra, que se encargaría de quitarle el miedo a los intelectuales con el objeto de plegarse a las grandes masas populares, para realizar el histórico "camelo" que se llamó integracionismo. Todo bien amasado por Rogelio Frigerio "*alter ego*" del doctor Hojvartz, una especie de Rocambole "nacional y popular", amén de una guarnición de escritores, prontos a entrar en acción para dar la gran batalla que le tocaba protagonizar a la clase media, como "pajaritos" de la polenta que puso el peronismo.

La batalla se ganó. Pero se perdió la guerra. La corrupción que implica todo poder y sobre la que tanto se filosofa, particularmente desde la oposición como lo hiciera Frondizi mismo, en la apertura que concedió resignadamente Perón en 1955, no importó tanto como la insensible y pusilánime gestión de un gobierno que tuvo la escasa gloria de representar la incapacidad política de los intelectuales de la clase media argentina.

A MENOS LECTORES MÁS ESFUERZOS. La literatura, sobre todo la novelística que hace el autor argentino, tiene un mercado importante

sin ser el apetecido por editores y autores. *Sobre Héroes y Tumbas* se han vendido aproximadamente 27.000 ejemplares[49]. Si Sábato pudiera escribir una novela por año, con una venta oscilante en estas cifras, se puede afirmar que la profesión de escritor —entendiendo aquí por escritor al novelista— sería fascinante, pues compensaría una producción intensa con la carencia de un gran público lector, como lo tiene el pueblo de habla inglesa, que un solo éxito hace millonario en dólares a su autor, permitiéndole ocios prolongados. Hace bastantes años, se lamentaba Martínez Estrada de los escasos resultados económicos que rendía la profesión de escritor. Estimaba el tiempo que tarda en agotarse una edición —de tres a cuatro años— aparejado de cierto entreñimiento mental, daba un resultado por demás pesimista, sobre todo en un escritor para escritores, como fue el caso de Ezequiel Martínez Estrada.

Un gran sector de la mediana y alta burguesía consume literatura, según sea el calibre de la misma. *Alias Gardelito* y *Un Horizonte de Cemento*, de Bernardo Kordon; *70 veces siete*, de Dalmiro Sáenz; *Rosaura a las diez*, de Marcos Denevi; *Dar la cara* y *Los dueños de la tierra*, de David Viñas; y, últimamente, *Los Premios*, de Julio Cortázar; *Las otras puertas*, de Abelardo Cartillo y *Los Burgueses*, de Silvina Bullrich, son una rápida comprobación que “en este momento el público lee con fervor libros argentinos”, según una epístola remitida a Denevi por Silvina Bullrich, cuyo descubrimiento, presumimos, se debe a que, ahora, la leen a ella.

Aún así, la “profesionalización” del escritor argentino es una dura tarea. Como ya advertimos, ante la carencia de índices elevados de lectores, que transforman un libro afortunado en una especie de premio mayor de lotería, sólo resta una consciente y regular labor que es lo que profesionalizó a Florencio Sánchez a pesar que la mitología lo rodea de miseria y dolor. A José Ingenieros, que de vivir, bien podría hacerlo exclusivamente de sus libros. A Benito Lynch, a Hugo Wast, a Manuel Gálvez, a Nalé Roxlo y José María Rosa. El autor que aspira a *vivir* de una o dos obras, creerá en los sucesos providenciales, pero no tiene en cuenta la flaca memoria del público, que le hizo exclamar a Enrique González Tuñón: “En nuestro país todos los días tenemos que meter un gol”.

Existe un amplio sector del pueblo argentino que no tiene voz propia; carece de literatura y aquella que pretende expresarla —*Barrio Gris*, de Gómez Bas; *Sin Tregua*, de Raúl Larra; *La Esquina*, de Verbisky— son sus elementos un pretexto para hacer literatura. Borges puede asomarse al mundo de Carriego y crear una estética del mapa doloroso del arrabal, pero es una literatura para consumo del “pantano dorado”, como dijera un amigo, refiriéndose al Barrio Norte.

Arlt, tuvo un instrumento para descargar su desprecio y vengar la humillación sufrida: la literatura; en tanto Larra tiene un elemento para hacer literatura; la humillación y el dolor de los que nada tienen; ni esperanzas. Este “hace” literatura. Aquél la vivió como Gorky, Panait Istrati o Manuel Rojas.

Existió una literatura popular que el pueblo “iletrado” frecuentaba. Barbusse,

Zola, Baroja, Mario Mariani, Elias Castelnuovo y Alvaro Yunque fueron por entonces nombres familiares. Los versos de Almafuerte se recitaban sin conocerse mucho su procedencia. La literatura social era popular como componente del clima que impregnaba a todos sin excepción —o con excepción de aquellos que no les llegaba, por su condición social—, y el autor de *El Amor Brujo*, fue leído asiduamente en su tiempo —cuando no— por la clase obrera. Este escritor, anacrónico para nuestros días, difíciles pero distintos, está siendo "descubierto" por los bastoneros de la cultura que marchan a la cabeza de los acontecimientos de tanto recular; si aceptamos que la línea recta es una convención geométrica, que se convierte a la postre, en geodésica.

La destinataria de la literatura "popular" actualmente, es la clase media que lee a Viñas en un acto de contricción o a Sábato como flagelamiento. Que frecuenta el "lunfardo" con espíritu deportivo, como el inglés cuando se interna en la jungla; y halla en Arlt, el zoológico absurdo de un mundo patas arriba.

La clase baja, el proletariado y la zona humana que la circunda; esa porción de pueblo por la que buscan su salvación los profetas, los santos y los políticos, no se redime ya por la literatura. El sindicato es el sistema nervioso que comunica las respuestas necesarias; y el periodismo erótico-policial, la radio y la televisión, llenan de alguna manera la necesidad de comunicación social.

Cápítulo VI

LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA CULTURA

De la economía de miseria a la economía del derroche - La industria de la cultura: adulteración y momificación - La autorreproducción del libro - Las editoriales argentinas y sus competidoras - Especialización y eclecticismo - La paradoja: el mal negocio - La cultura como resistencia - Condición de mercancía del libro - Publicidad - La editorial como "grupo de presión". - Los "envasadores" de cultura.

Entre el hambre y el esfuerzo. La llamada Revolución Industrial de fines del siglo XVIII no sólo transforma las relaciones sociales del individuo europeo sino que genera el capitalismo moderno, sustentado por el régimen liberal burgués. El trabajo deja de ser un acto aislado del artesano, cuyo fin es servir necesidades inmediatas, para organizarse en escala industrial, concentrada en fábricas; la organización de tipo especulativo del trabajo y de la producción es el sello distintivo de estos últimos 150 años de capitalismo. El incesante perfeccionamiento de la máquina, como la aplicación de la energía eléctrica sumado a la dinámica que imprime la nueva burguesía como piloto de la sociedad, sirve para que la humanidad asista a una prosperidad que parece indefinida si no fuera que de pronto, por motivos no muy claros, entra en períodos de depresión.

Son los *ciclos económicos*. Estos ciclos son la consecuencia de la regulación de la producción, cuyo punto óptimo es cubrir la demanda sin llegar a la saturación del mercado que provocará la oferta. Roto el equilibrio capitalista por la oferta, la producción entra en receso; la desocupación y el hambre son la consiguiente secuela. Para quienes detentan las fuentes de producción, la abundancia es la contingente miseria propia, pues apareja baja de precios, suma de esfuerzos para colocar el producto, ganancias aleatorias, etc.

La economía de miseria, especie de paraíso de los especuladores, aún se da en economías primitivas[50] en que la porción de abundancia se destruye y el sobrante concentra el valor, reduce al mínimo el esfuerzo y el rendimiento sube al máximo. Es Keynes quien lanza la teoría para no caer en los ciclos de depresión y miseria: ésta consiste en el pleno empleo, que asegura permanente capacidad adquisitiva en el pueblo que es en definitiva el consumidor. Lo aplicó Roosevelt con su "New Deal"; y Ford, en la aspiración de que cada americano tuviera su producto, creó el "slogan": "hay un Ford en su futuro", contribuyendo a realizar la economía de *abundancia* también llamada *economía de mercado* o como dice V. Packard, *economía del*

derroche.

La intrépida filosofía actual de la *economía del derroche* no es, ni más ni menos, que una forma tan inhumana como la *economía de miseria*; si en ésta, el individuo se aliena por el hambre, en aquella se aliena por el esfuerzo, pues va de la producción de bienes necesarios a la sobreproducción de bienes inútiles y superfluos, creando necesidades artificiales de consumo.

LOS "ARTÍFICES DEL DERROCHE". La parábola que describe todo suceso humano, es en la primera fase la más atractiva; esto es, durante su desarrollo. Alcanzada su plenitud, debe sufrir una de las dos crisis lógicas. O se resigna a caer o busca nuevas parábolas a describir; esto es, nuevas formas de desarrollo. Esta última suerte, aplicada a la industrialización de la cultura, crea una superestructura en que no sabemos con certeza quién es el mamífero de placer; si Francois Sagan o Brigit Bardot. Si Arthur Miller necesita forzar mercados para vender más, asociándose a Marilyn Monroe, o el *Dr. Zhivago* fue el hermoso "affaire" de un editor italiano con el jurado que otorgó el premio Nobel. Si, en general, los concursos son necesarios para hacer más escritores, o se hacen rodeados de una espectacular escenografía para consumir más papel, más esfuerzo, ocupar más lugar y despistar más al público. Francia, artífice en el arte de crear necesidad de lectura, como EE. UU. creó la necesidad del *confort*, ya tiene un personaje: el empresario del éxito editorial.

LA CULTURA INVISIBLE. Los mitos, los dogmas, los sofismas, como ese "cementerio de las verdades muertas" que es la ciencia, son en definitiva presencia viva y verdad revelada por el monstruoso aparato, que ávido de lucro coincide perfectamente con un sistema interesado en la distracción, ocultación o deformación de la realidad. Sospechamos que al margen de la "sabiduría oficial" algo así como el resumidero del conocimiento institucionalizado, existe una "orden", una *élite* super selecta, en número pequeño, que constituyen los verdaderos amos de nuestro destino agazapados detrás del trono de De Gaulle, de Jhonson, de Kosiguin o de Mao Tse Tung. El saber de estas *élites* nada tiene que ver con el que detenta la mayoría de los graduados que se entretienen con el desperdicio de la ciencia, que los pocos sabios tiran por inservibles, y el papel recoge para mantener la aparente lozanía de una cultura momificada.

La "sociedad graduada" de Eliot, es ya un imperio que va tomando al hombre a la manera de los neoplasmas: universidades estatales y privadas, escuelas, fundaciones, academias, movimientos artísticos, teorías mágico-científicas, conferencias, concursos, lanzamientos, propaganda y periodismo especializado, han creado un producto "ersatz" de la *cultura* que se reproduce, espontáneamente, sin fecundación.

Desdibujadas las pautas originales por las exigencias de la empresa moderna, llámase cine, periodismo, televisión o industria editorial, el individuo y la cultura corren el peligro de ser sepultados por un andamiaje que ya cruje.

LOS GRILLOS DE PAPEL. De la producción editorial mundial, basta mencionar a EE. UU. con un ejemplo: El *Cumulative Index Book* que, como lo indica su nombre, es un "índice de acumulación de libros". Acumulación de títulos de libros cuya edición periódica consiste en un monstruoso volumen. Con criterio selectivo, las ediciones importantes de carácter menos perecedero como es el libro científico, se editan en hermosos volúmenes encuadernados; pero el libro "pasatiempo" —novelas o biografías— en ediciones populares ya viene confeccionado para obviar todo inconveniente de conservación: a medida que el lector pasa las hojas, éstas saltan de modo que se leen como si se deshojaran margaritas. "… en todos los supermercados, *drugstores*, kioscos, de publicaciones periódicas… se hallan los ejemplares de esta nueva especie de libros… que produjo beneficios insospechados a la industria editora norteamericana, que en 1959 llegó a vender 280.000.000 de *pocket-books*"[51] De Francia nos remitiremos a una breve pero escalofriante síntesis: "todos los días, tres aeroplanos repletos de diarios y revistas despegan del aeropuerto de Orly, para distribuir la mercadería de Hachette en toda Francia. Por vía terrestre, seis trenes, 350 automóviles, 211 motocicletas y 400 bicicletas se movilizan con el mismo propósito. Todos los años, 55 millones de libros salen de sus prensas; todos los días, cuatro millones de ejemplares de cinco diarios vinculados con la firma son devorados por los franceses. Talleres gráficos, fábricas de papel, firmas publicitarias, sellos distribuidores, librerías, forman un *pool* inmenso, donde Hachette siempre tiene algo que ver. El cuarenta por ciento de todas las ediciones francesas están asociadas de alguna manera con Hachette, que ha incorporado, recientemente, una gran computadora IBM —la cuarta de Europa, por su potencia— para manejar este mundo de cifras, datos y trabajos. *France Soir* lanza 1.400.000 ejemplares por día; *Paris Presse*, 150.000; el hebdomadario *France Dimanche*, 1.400.000. La revista *Elle*, 700.000 (recibe, además, 12 millones de dólares anuales en publicidad); *Realité*, más de 100.000"[52].

LA AUTOPRODUCCIÓN. En torno a las editoriales se consume, diariamente, bosques de pino convertidos en papel; libros, diarios, revistas, semanarios, mensuarios, de noticias, arte, bibliográficas, reportajes, en fin, todo tipo de publicación fabricando hora a hora "escritores" que nadie recordará al cabo de un año[53]. Libros nacidos por el designio mercantilista de un directorio que vigila el nivel óptimo de producción; el hombre de pluma no puede escribir lo que su conciencia le dicta: debe esperar el encargo del sistema en el cual funciona. El libro

ya no es una experiencia vital comunicable; es un reflejo de otros libros concebidos para soñar un mundo que nos agradaría —tal vez— que así fuera. Un autor argentino que advirtió la trampa, da un testimonio que bien vale la transcripción:

"… el libro ya no nace de la experiencia ni de las ideas: nace de otros libros. Ya no busca como antaño recoger la cosecha plantada fuera. Ahora se nutre de sí mismo. Se había comenzado por escribir lo que se creía —aquí plagio a Barbusse— Ahora se cree lo que se lee. Se había comenzado a escribir para inventariar la realidad del mundo, después se escribió para interpretarla, incluso se escribió para modificarla, hasta para substituirla. Ahora se escribe para escribir…"[54].

La industria del libro en la Argentina se halla en vías de desarrollo; está, como dicen los economistas, en el "despegue". Mientras tanto, se desenvuelve en un campo rodeado de maleza parasitaria, que le debilita el vigor natural que encierra en sí misma, agregado a las posibilidades que suponen 200 millones aproximados de seres de habla española, a pesar de que muchos no lean. Esta mención, como dijimos, entraña un futuro editorial de desarrollo explosivo. Así lo vislumbran quienes se hallan en la competitiva tarea de dominar un mercado como el argentino y su zona de influencia, un tanto tierra de nadie, debilitado por las propias contradicciones internas: cobardía política, terrorismo intelectual ante la llamada cultura occidental, sin discriminación ni valoración, y la colonizada mentalidad de quienes gobiernan.

A todo esto debemos agregar el domesticado y cultivado paladar del público por las traducciones. En el orden que hace a una política editorial ésta sufre una doble penalidad: desgravación de impuestos a cuanta publicación se introduce en el país en tanto se grava la importación[55] de la materia prima papel, para el libro nacional. Ante la indefensión crónica de tal situación, la industria editorial mexicana, estadounidense, francesa y española, desarrollan con vistas a nuestros mercados, ambiciosos planes editoriales. La industria mexicana, actualmente, con dispares calidades comparte el mercado latinoamericano de manera modesta, a excepción de "Fondo de Cultura Económica", que ha penetrado en extensión y profundidad; Francia por medio de los editoriales tradicionales: Larousse y Hachette.

EE. UU., cuya función política cree realizarla a través del "factor de poder" del libro, ha establecido el Punto 7 en su Programa de Alianza para el Progreso, que consiste en asistencia financiera a editoriales argentinas, mexicanas y españolas, a condición de que dichas editoriales expresen su política. Al margen de este programa, la más importante editorial norteamericana por su calidad científica y técnica —McGraw Hill Book— está publicando en español su valioso catálogo de libros técnicos.

DE NUEVO EL LOBO. España, cuya industria papelera, fundamental para el pleno desarrollo de la industria editora, no sólo la abastece ampliamente sino que entre ambas han constituido un producto de exportación, como

lo sostiene el diario “Ya” de Madrid:

> “… y en este sentido a la industria editorial se la considera como una de las más destacadas. Basta observar que, en el conjunto de las exportaciones, las que lleva a cabo la industria editorial constituyen no sólo una venta de productos, lo que asegura ya un interés económico suficiente al hecho, *sino además una expansión de la cultura española*…”[56].

Desde luego, dichas exportaciones están destinadas a Latinoamérica, explícitamente enunciado en el mismo artículo de “Ya”, cuya sabrosa extensión impide reproducirlo, pero resulta por demás elocuente la preocupación constante (ver cap. I pág. 28) por parte de las autoridades españolas de poner una pica en los arrabales de la civilización.

EXCESO DE DEFENSA PROPIA. En los albores de la imprenta, muy probable que la materia prima para hacer, o con más propiedad, *dar a luz* un libro, fuera el talento del escritor; hoy es el papel; aunque algunas editoriales de nuestro país subestimen a tal grado, la participación del autor que han organizado su empresa, sin contar con este importante “detalle”, valiéndose de amanuenses que se encargan de desfigurar textos, “cocinar” libros, tijeretear artículos, “refritar” tratados. Pero la editorial que no alcanzó aún el sublime arte de “hacer una tortilla sin romper los huevos” y que irremisiblemente debe contar con autores para editar sus libros, la materia prima papel, es la de más grave incidencia, dándose en la industria editorial límites que arrancando de necesidades culturales, mueren en fronteras demarcadas por los intereses del monopolio del papel, sumando la cultura a su dinámica propia, la inercia de intereses industriales y especuladores, cuyas influencias en los círculos áulicos logran decretos “proteccionistas” y silencios sospechosos[57].

Debemos recordar que en los años del auge de la industria gráfica argentina, en que se establecen empresas que todavía son modelos, aunque algunas sufrieron el deterioro del tiempo y el desgaste de sus fundadores, la producción editorial llega a índices inusitados, que hoy asombraría si no fuera la mala memoria de la gente del libro. Entonces la industria gráfica, tanto maquinarias como papel, funcionaba a través de los importadores que a su vez obtenían créditos generosos y amplios, en un esfuerzo europeo por crear mercados. Este crédito se volcaba en el país, dándose el caso de que muchas imprentas se establecieron a pagarse luego, como fuera posible. La necesidad de ubicar lo importado, que llegaba tan fácilmente, movió a los corredores de las casas importadoras de artículos de las artes gráficas, que no tenían a

quien venderle, a crear “industriales”, incitando a establecerse a obreros de imprentas consolidadas, que ante la insegura o ausente clientela, se daban a editar libros, tomando cuanta edición buena o mala, francesa o española, caía en sus manos.

El proteccionismo es una doctrina económica de autodefensa, destinada a los Estados débiles, que practican los fuertes. La práctica de esta doctrina obliga a las naciones al desarrollo de las propias fuerzas naturales, instándolas a crear su particular cauce histórico. Pero el favoritismo y el privilegio esgrimido como proteccionismo, es la inmoralidad a que nos tienen acostumbrados, los rabiosos *libre cambistas*, cuando se trata de libertades abstractas, pero cuando se trata del azúcar, el papel o la industria automotriz a costa de la tuberculosis popular, el analfabetismo y el desgaste del numerario circulante, en la adquisición del “coche”, entonces, estos “demócratas” hablan como “furhers”.

En el caso especial de la industria del papel, insensible e indiferente, dicta su ley omnipotente, fabricando el papel que más le conviene, de pésima calidad y a precios abusivos[58], sin consideraciones crediticias para la industria editorial.

MUCHOS CHICOS PARA UN SOLO TROMPO.

En la Argentina se hallan registradas, aproximadamente, 220[59] firmas editoras, afiliadas a la Cámara Argentina del Libro o a la Cámara Argentina de Editoriales Técnicas. De esta cifra se halla en plena actividad el 50%; de este 50%, la mitad produce, en término medio, de un libro mensual a 7, que sería el caso de “Eudeba” de acuerdo a las últimas declaraciones formuladas con motivo de cumplir el sexto año de existencia. A este editorial le sigue con una producción mensual de “novedades” de 5, “Losada”; de 7, “Fabril Editora; de 5, “Sudamericana”; de 4, “Siglo XX”; de 4, “Emecé”; y “Huemul” de 3.

Del total de las 220 editoriales, existen 54 que están rigurosamente especializadas en libros técnicos, medicina, derecho, infantiles, ciencias ocultas, textos escolares y de segunda enseñanza, etc.; las restantes invaden continuamente las más dispares disciplinas. “Fabril Editora” es el ejemplo del eclecticismo editorial: psicología, filosofía, sociología, gastronomía, historia, policiales, orientalismo, ciencias, teatro. Y bajo la denominación sin confines precisos, de *literatura y cultura general*, participa la producción del resto de las editoriales. Pero, la cifra de 220 editoriales, no deja lugar a dudas, de la brava batalla entablada contra la ignorancia; cifra de editoriales, por otra parte, que en un ligero análisis nos hace arribar a una conclusión muy optimista: o la cultura es un gran negocio o somos muchos los “cruzados” de la cultura.

DEPORTISMO EMPRESARIO.

Pero entre los estímulos y las reacciones que elaboran la conducta del individuo y de los pueblos, median rodeos,

circunloquios y atajos, que disfrazan el motivo primario de la acción. Invitamos a que se le pregunte a cualquier empresario del libro, qué posibilidades tiene el negocio y, por más próspera que aparente ser su situación, la respuesta será siempre: pésimo[60]. Presumir conclusión de esta respuesta puede parecer pueril, ya que toda persona se refiere a su actividad invariablemente de manera despectiva, manifestando el disconformismo natural del hombre, como el torcido objetivo de despistar al preguntón, para que no sea de la partida. Conocemos algunos. Pero en el negocio editorial, se expresa con un énfasis tan singular, que torna sincera la respuesta. Y los hechos diariamente lo corroboran, a pesar que el "Boletín Oficial" no refleja los quebrantos editoriales. La paradoja es la aristocracia de la inteligencia. En el capítulo titulado *De la masa abstracta al lector real*, hemos analizado los aleatorios factores sobre los cuales descansa la producción editora. Aquí, corresponde determinar, colocándonos frente al público lector, desde la vereda de la empresa editorial.

RESISTENCIA AL CONOCIMIENTO. Provisoriamente, aceptaremos que una editorial es una empresa de cultura, además de ser una empresa comercial; con lo que tenemos la primera y fundamental resistencia. Crear bienes de consumo que proporcionan placer, comodidad, distracción, economía de esfuerzos, es crear bienes de fácil y abrumadora demanda. Sólo hace falta el dinero ya que, psicológicamente, existe un total asentimiento. Con respecto al bien de consumo cultural, fácil es constatar el esfuerzo y la resistencia que debe vencer el ser humano para instruirse, cuanto más adquirir un conocimiento sistematizado y, por fin, una cultura por medio de la lectura, acto que exige un proceso de elaboración para llegar del símbolo —la letra— al concepto —la lectura—, mientras esto se allana por medio de otros métodos más directos, como es la imagen o el sonido. Esta sucinta reseña, ya nos demuestra el carácter pasivo de la empresa editorial. Sumemos a esta circunstancia, la condición del libro, que escapa a las leyes de la economía, ciencia dinamizada por las necesidades primarias del hombre, como así, a la definición del bien económico que representa en una sociedad más o menos organizada.

LIBRO Y MERCANCÍA. Es común entre los profesionales del libro —editores y libreros —, discutir la condición de mercancía del libro. Interfiere en estas apreciaciones, al margen de un desconocimiento de lo que se maneja, la subjetivación de que es objeto el libro por el valor sociológico o intelectual que se le asigna, inferencia resultante de la idealización del mismo; como hay —también— los que sostienen que el libro es una mercancía análoga al dentífrico o un lavarropas, debiendo ser su tratamiento en el comercio, similar a todo producto venal puesto en el mercado, incluyendo en estas normas la promoción publicitaria.

En términos muy amplios, podemos simplificar las relaciones económicas del

hombre, en producción y consumo. La producción cuenta para cumplir con su cometido, con los *bienes* de producción propiamente dicho —arados, tornos, barcos, máquinas—; constituyendo los *bienes* de consumo, lo producido por estas herramientas, como ser trigo, pan, vestimenta y el transporte de los mismos. Estos *bienes*, a su vez, tienen dos cualidades que hacen al tiempo, imprimiéndole una velocidad a la comercialización del producto —el bien de consumo— íntimamente relacionada con su condición, siendo lo que provoca la llamada "evolución" del capital; esto hace que el capital invertido en un restorán de, en el curso de un año, 100 vueltas, en tanto el invertido en una editorial, de 3. Estas dos cualidades de los bienes de consumo son lo que se ha dado en llamar *bienes de uso único* y *bienes de uso durable*. Entre los primeros, están los artículos alimenticios cuyo uso es semejante a una corriente intermitente; y, entre los segundos —vestimenta, vivienda, muebles, automóviles— cuya demanda llamaríamosla episódica, siendo su uso de tipo repetitivo, pudiendo hacerse cuantas veces se requiera, salvo el desgaste natural del tiempo.

El preciso acotar que la empresa editorial produce *bienes de uso durable* cuando edita un diccionario, una enciclopedia o una obra de consulta; pero si esta obra de consulta es un tratado de electrónica de tipo original, indudablemente está capacitando a un ingeniero para que mejore o cree nuevos elementos técnicos, convirtiéndose así, dicha obra, en un *bien de producción*, comparable a una herramienta o una máquina. Pero cuando la hipotética editorial publica una novela, está produciendo *un bien de uso único*, esto es, que se usa una única vez, como el dentífrico, el jabón o el café. Una novela se lee y, consérvese o no, raramente se relee. De agradar el género novela, se adquirirá otro título, pero a excepción de una manía improbable, nadie satisface su apetencia novelesca con la misma obra de manera indefinida.

PUBLICIDAD Y DERROCHE. De estas condiciones de mercadería que es el libro se desprende el tipo de publicidad que requiere el mismo y sobre el cual se ha disparatado bastante ya. Los más audaces propugnan, partiendo de la premisa de la analogía "dentífrico" o "lavarropas", la propaganda del mismo tenor e intensidad para el libro. Algunos autores, curado o perdido el recato intelectual que rechazaba la vana gloria del anuncio espectacular, pero pagado, sostienen también que el libro se vende con publicidad. Este aspecto editorial, apasionante de por sí, nos llevaría suma extensión para desarrollarlo y, probablemente, lo hagamos algún día; momentáneamente nos conformaremos con referirnos a tres puntos básicos que la experiencia ha reforzado: 1) Merece publicidad el libro que se vende, según sostiene Stanley Unwin[61]. Esta incongruencia aparente es explicable por la esencia misma del libro y su autor. Aceptado en cuanto aparece, por ese núcleo que recorre permanentemente las librerías, husmeando "novedades", núcleo de lectores muy

sensibilizado que representa las inquietudes de grandes sectores de la población lectora, nivelados por el desarrollo filogenético alcanzado en el momento, ese libro si se publicita, enterando a mayor número de personas, mayor será en consecuencia su venta; 2) Puede forzarse la venta de un libro por medio de la propaganda, pero el esfuerzo —inversión publicitaria— estará siempre en relación inversa con el producido y, aunque se agote por este medio, el costo superará a la ganancia; y por fin, 3) La publicidad que se hace a un "dentífrico" está dirigida a la formación de consumidores de un producto inalterable, siempre igual a si mismo, y que hecho al hábito, el consumidor repetirá al infinito su compra, en tanto la editorial no produce libros idénticos aunque aparentan serlo; cada edición es una mercadería distinta y cada libro adquirido, alcanza para satisfacer la necesidad de cada uno, no existiendo el hábito ni la necesidad de comprar repetida la misma obra. En cambio, la publicidad que admite la editorial, más que la que se hace a sus títulos, es la llamada publicidad de tipo "institucional", acreditando el sello, difundiendo la especialización, la orientación, e insuflando un prestigio, que luego nadie sabe de donde viene, pero que hace "morder como caballos" según la gráfica expresión de Tato Bores.

MERCADERÍAS AL INFINITO. Del análisis de los bienes que produce una editorial, deducimos las sutiles como groseras diferencias que representa la mercadería libro, término poco grato a ciertos espíritus, pero irreemplazable y, en cierto modo, tributo que pagamos en holocausto a la claridad. Si a esta escueta reseña de tipos de bienes que representan los libros, la llevamos al método Dewey, cuya clasificación decimal tan discutida[62] va de la clasificación de primer grado —los temas— a las siguientes subdivisiones decimales, de cada uno de los temas y así al infinito, concluimos teniendo las gruesas diferencias existentes entre la *Teoría del Conocimiento* de Dilthey con la *Instrucción del Estanciero* de José Hernández, y finas concomitancias como se dan entre Unamuno y Kierkegaard. Estas valoraciones económicas que hemos hecho, en un intento de ubicar al libro en la corriente de mercancía que consume la comunidad, son legítimas desde el momento que la editorial es una empresa de cultura, pero por sobre todo, y desafortunadamente, ante todo, es una empresa comercial.

Esta doble condición de la editorial, la fuerza a traducir valores espirituales o intelectuales en mercancías; haciéndola tropezar, a su vez, esta circunstancia, en la dramática realidad que dicha mercancía lo es, alternativamente, pero no en absoluto, por la mediación de una serie de implicancias culturales, psicológicas y económicas. La difícil conciliación entre los términos cultura y comercio, concluirían si se diera la *indispensabilidad* del supuesto *cultura*, convirtiéndola en una necesidad a cubrir, estableciéndose así la demanda, cosa que actualmente existe de manera tan aminorada que deben recurrirse a métodos compulsivos de venta, como son las organizaciones de crédito o los artificios, sino humoradas promocionales[63],

reduciéndose el negocio editorial a una constante y pasiva oferta de lectura.

UN SERVICIO SOCIAL. En tanto la cultura es materia de negocio, tiende a bastardearse y adulterarse en la búsqueda de incitantes y demanda del libro. Y en tanto el negocio es materia de cultura tiende a decrecer y morir. Pareciera que fuera un servicio indispensable desde el punto de vista comunitario y no individual; redituable en función social como son los servicios públicos, en que el estado debe velar por ellos, aunque no produzcan ganancias en forma de dividendos, reflejándose en la salud de la población. No conocemos exactamente el funcionamiento editorial en los estados socialistas, pero suponemos la equiparación de la salud física a la intelectual ya sea como profilaxis o captación. Y por supuesto desde el punto de vista socialista.

APARIENCIA Y REALIDAD. "Entre los estímulos y las reacciones que elaboran la conducta del individuo y de los pueblos median rodeos, circunloquios y atajos que disfrazan el motivo primario de la acción", dijimos al entrar en el análisis de la editorial como negocio. En una editorial coexisten dos mundos, un tanto pirandelianos, en que es difícil establecer qué es ficción y qué es realidad. Por lo tanto, no es raro que muchas empresas editoriales pierdan dinero por el mundo aparente; pero, lo ganen, por el mundo real de los privilegios, creando funciones espectables desde las inmaculadas posiciones de la cultura, para que la desempeñen personajes que siempre tienen que ver con las esferas gubernamentales de turno. La cultura se ha convertido, mejor dicho, la han convertido en esas matronas "entregadoras" cuya aparente dignidad sirve para cohonestar el contrabando de mercaderías y la especulación de divisas[64], logrando operaciones más crematísticas que el hecho mismo de editar, que por momentos es solo su cobertura. La electricidad, la lana, el petróleo la banca, los puertos sin aduana, tienen su equivalencia en las empresas editoriales argentinas. En el capítulo I, donde rastreamos la empresa editorial al estado "químicamente puro", solo hallamos el ejemplo de "La Cultura Argentina" que funcionó sin negocios paralelos o afines. Y cayó al poco tiempo, envuelta en la bandera.

Sostuvimos que desde el fondo de la historia editorial, el taller gráfico o la librería, fueron sus principales auxilios. Actualmente esos auxilios son tan fundamentales como el grupo financiero que controla la red más importante de bancos en el país[65]. He aquí al libro convertido en otra clásica definición política de Lasalle: Grupo de presión.

REFRESCA MEJOR… Llamar a las empresas argentinas "editoriales" es otra convenida

licencia del lenguaje; caracterizadas por una labor puramente traductora, función parecida a la que realizan los concesionarios autorizados a envasar una determinada marca de producto que otro fabrica. Estos “envasadores” de cultura, ponen en evidencia el ocaso de la latinidad ibérica, y lo cómodo que resulta traducir completos los catálogos de las editoriales italianas, inglesas, francesas o rusas, restándole el compromiso cultural o ideológico a la “función específica” del editor. Solo así se entiende que este oficio de cabida a personas que, hallándose por debajo de su función, deleguen sin conflicto ni aprehensión, su tarea a las tradicionales empresas europeas que, sin pretenderlo, modelan los objetivos y las formas de vida del pueblo argentino, salvando el caso de organizaciones deliberadamente al servicio de la penetración cultural extranjera. El día 26 de octubre de 1964, a la mañana, todos los que compran el diario para ver si se desplomó de una vez el mundo, pagaron ese día el periódico para enterarse, en tres medias páginas, de la ofensiva —esta es justamente la palabra— “cultural”, más atrevida de los empresarios nativos.

EL LAVADO DE CEREBRO. En dicha ofensiva, desembarcan las fuerzas de ocupación de cientos de autores norteamericanos que nos informarán de la Suprema Corte, del Congreso, de la Presidencia, del Sindicalismo, de la política, del Derecho, de la Democracia, de la Economía y el Periodismo norteamericano. Estará también representado el crimen, las de *cow-boy* y, como si fuera poco todavía, publicarán todas las series de la televisión norteamericana. El lavado de cerebro será completo, merced a los buenos oficios de “Del Atlántico” S.A. y la Alianza para el Progreso, punto 7.

Negar la necesidad de la traducción sería determinar cierto grado de cretinismo. Pero traducirlo todo, delata el frívolo criterio que guía a quienes lo realizan. La traducción no exime a los autores europeos o norteamericanos, de la insolvencia, de la vacuidad, de lo remanido, de lo intrascendente. Todos los lugares comunes y las desorbitancias se le tolera, mansamente, al autor extranjero y como éste ha cubierto la cuota de banalidad o desafuero de nuestro mercado librero, por alguna originalidad filtrada de tanto en tanto, tenemos entonces que no hay lugar para los talentos ni las mediocridades del país; en otras palabras: está colmada la capacidad de absorción intelectual del público.

LA USINA. Hemos analizado los libros editados por “Press Universitaires” de Francia y traducidos en gran parte por “Eudeba”: no existe labor o aporte original ni de investigación. Son los que se da en llamar “puesta al día” de las más diversas ciencias. Trabajo que el profesional informado en su especialidad, fácilmente resume en un libro, folleto de divulgación, o compilaciones que nuestros

universitarios se hallan habilitados para escribirlos tan bien como los franceses, y no para traducirlo, pues, como recalcaba Denevi, “los libros se hacen de otros libros”. Podríase argumentar que “Fondo de Cultura Económica” —empresa mexicana— es fundamentalmente traductora; pero tiene a su favor que ha hecho de la traducción una tarea creadora, aportando o rescatando obras básicas del pensamiento universal, en que el traductor debe estar a la altura del creador de la obra[66]. La producción de “Fondo” es indispensable en cada ciencia; la de Eudeba son libros para “diletantes” de nivel universitario. Una, es cultura; la otra, para-cultura.

LOS CONSOLADORES DE LA BURGUESÍA. “Sudamericana” como traductora de Carnegie, Lin Yutang y Will Durant, tres nombres definitorios en un millar de autores traducidos, aunque tenga un autor tan incómodo como Malraux —*La condición Humana*—, esta empresa es el sereno lago donde va a bañarse la burguesía para sedar sus nervios. Silvina Bullrich, Mujica Láinez, Mallea y Cortázar, son los autores criollos que prestan a esta prolongación hispano-eléctrica, la conjetura que sea sudamericana. La cultura que traduce esta empresa es tan digerible como el pescado, que a la media hora de haber comido se siente apetito nuevamente. Sus libros correctamente presentados, con gusto y calidad gráfica, aseguran la seriedad de la mercadería envasada, pero de no haber existido, no la hubiéramos echado de menos.

HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFAMIA. Los argentinos tenemos un libro que es una “guía para endemoniados”; cuando apareció por primera vez, manos misteriosas adquiríanlo en las librerías con el fin de sustraerlo a la curiosidad pública. Reeditado posteriormente, a más de 40 años de haber sido escrito, el libro tiene tanta actualidad como entonces. Su autor denuncia la existencia de un feudo inmenso llamado Patagonia, agregándole él, el adjetivo de trágica. Sus amos recientemente tranquilizaron a un presidente argentino, con respecto a la reforma agraria; le expresaron que ya la habían realizado por medio de sus familiares, para lo cual debieron previamente despoblarla de indios ona[67] y cometer algunas tropelías[68]. Esto ocurría hacen años ya, cuando el mejor método para hacerse entender y obedecer consistía en una especie de dialéctica de plomo. Actualmente los métodos para someter han cambiado; existen maneras indoloras y elegantes de colonización como por ejemplo editar libros para los que habitan la *City* indiana. Esta enternecedora adaptación a los tiempos que corren, de pronto tiene sus recaídas, proporcionándonos la Flota Importadora y Exportadora de la Patagonia, la obra del “intemacionalista” —recato intelectual que usa Ortega y Gasset[69] para denominar al agente del *Intelligence Service* que fue Arnold Toynbee— titulada *Estudio de la Historia*.

Estudio de la Historia es el esfuerzo del informante inglés a que nos tuvo acostumbrado Inglaterra desde su primera invasión, por medio de sus viajeros, cuyos libros se disputan los coleccionistas, no constituyendo una excentricidad que la biblioteca más importante, en libros americanos, perteneciente a Alberto Dodero, se haya rematado en Londres, por Sotheby. Emecé —que de ella estamos hablando—, regula perfectamente el prestigio inglés en nuestro país. A tal grado que cuando aparece algún libro inconveniente como el de H. S. Ferns, *Britain an Argentina in the Nineteenth Century* adquiere también sus derechos, pero por razones profilácticas demora cuanto puede su publicación. Si es que lo publica. No debemos olvidar que en su extenso catálogo tiene un título que es todo un símbolo: *Historia Universal de la Infamia*.

"LOS ERSATZ". Existe un tipo de publicaciones, que si bien por su precio y tamaño pudiera ser un sucedáneo del *pocket book* cuya originalidad se debe más a la extrañeza de su nombre sajón —libro de bolsillo— que a sus antecedentes: no debemos olvidar la vieja colección "Universal" editada en España, venero de colecciones entre ellas "Austral" y punto de partida de la "Contemporánea". Las colecciones anteriormente citadas tienen la analogía formal de los libros citados en segundo término, pero responden a otros fines: nos referimos a "Política Concentrada", "Coyoacan" y nuestra colección "La Siringa"; estos libros no se constriñen para abaratarlos: son la síntesis a la dimensión homeopática, de temas y problemas que el hombre actual, no puede abordar en toda su amplitud, porque el tiempo le pisa los talones. Si estos libros logran evitar la frondosidad, sintetizar el pensamiento y dar la idea madre, han cumplido con su cometido; tengamos en cuenta que la teoría que revolucionó la física y el mundo moderno está contenida en un folleto de 60 páginas que Einstein tituló *Hacia la electrodinámica de los cuerpos que se mueven*.

Estas colecciones esconden también un peligro, patentizado en muchos de ellos: en nombre de la brevedad, se han incluido flojos artículos, traducidos de revistas especializadas, estirados por el cuerpo de la composición; distintos autores reunidos, bajo un título espectacular, el que apenas responde a su contenido, cuando no, trabajos atribuidos a alguna ficción sajona, que toma café asiduamente en Corrientes y Talcahuano, satisfaciendo así el "revolucionarismo" tremendista e importado de la pequeña burguesía. La tentación, como el arte de "titular", que se adquiere deambulando por las redacciones periodísticas, tiende a desnaturalizar un tipo de cultura "ersatz", síntoma de los tiempos que vivimos.

Capítulo VII

LOS LIBREROS

LOS "BOMBEROS" DEL LIBRO - REPUGNANCIA Y NEGOCIO - LA INFLUENCIA DEL LIBRERO - LOS LIBREROS INFLUIDOS - EL CASTIGO A LA IMPROVISACIÓN - LAS MESAS DE SALDOS - EL CANJE - ARISTÓCRATAS Y FILISTEOS - LIBROS PARA EL PUEBLO - LIBROS PARA "ÉLITES".

EL "PUNTAPIÉ" INICIAL. En el circuito que cumple el libro, la librería es la etapa final y a su vez, el comienzo de un nuevo proceso: la venta del libro, el éxito o la muerte irremisible. Alguien ha sostenido que el peor enemigo del libro es, casualmente, el librero; ciertos autores y editores ven en él, la causa del silenciamiento, restándole exhibición, llevándolo a la estantería inmediatamente, no reponiendo lo vendido; muchas veces no aceptando la "novedad" hasta que la insistencia del comprador lo obliga a tenerlo. Algo de cierto debe haber en esto, ya que un experimentado y veterano librero nos confesó: "Los editores deben convencerse de una vez por todas que se venden los libros que nosotros (los libreros) nos proponemos"[70]. Reflexión que en boca de este señor, bien puede estar en la mente de muchos vendedores de libros.

EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO. La hostilidad a determinados autores nacionales por parte de los libreros tiene una razón muy humana: el librero es un hombre que, como cualquier otro, está por algo o contra algo. Llevado al terreno del libro, el autor argentino se pronuncia política o socialmente incluyendo al librero como miembro de la comunidad. No compartiendo la posición del autor nos parece honesto el rechazo; hasta digno. Nadie debe hacer lo que le repugna, a menos que sea una autopsia, como deber. Lo que no nos parece ya tan honesto, es que esos mismos libreros vendan vergonzosamente libros, no prohibidos por la ley, pero sí sancionados éticamente por gran parte de la sociedad como son *El judío Internacional*, *Mein Kampf* o *Los protocolos de los Sabios de Sion*. Estos libros se venden sin necesidad de exhibición; no comprometen. A los otros se le suma, a la repulsión, el compromiso.

LAS SINTONÍAS. El librero es la persona que mayores presiones e influencias culturales recibe, diariamente, por su actividad; algunos se protegen cerrándose a una probable filtración, actuando de manera elusiva. Pero no es raro que una librería, por su ubicación, polarice una determinada clientela cuyas preferencias

terminan conformando la mentalidad del vendedor. Receptáculo de una modalidad que se manifiesta cuando hace la vidriera o surte el negocio.

Fueron los libreros, en su mayoría —existieron excepciones—, que rechazaron desdeñosamente al autor argentino a comienzos de 1950. En el año 1956 la situación política agudizó la necesidad de explicar el proceso que se vivía, reflejándose en los libros de autores nacionales a que hicimos referencia en el capítulo dedicado al escritor político. Los libreros tuvieron sus preferencias, bajo la sugestión del libro de Germán Arciniegas *Entre la Libertad y el Miedo*, autor que se encargó por ese entonces de explicarnos nuestras desventuras, desde Nueva York. Los libreros optaron por los vencedores. Los vencidos, debieron imponerse al fin, por algo que está más allá de la nota bibliográfica, el anuncio o el prestigio de un apellido: la sorda recomendación verbal, que hasta la fecha consiste en la mejor fórmula para hacer un *best-seller*, aunque la más difícil. El tiempo calmó los espíritus y esos mismos vendedores ya no hacen distingos, aceptando al autor argentino por hallarse entre los de mejor venta, como lo estuvo siempre que tenía algo que decir, aunque parezca novedoso tal acertó; "que lo nuevo es aquello que hemos olvidado", dicen que dijo la modista de María Antonieta.

LA VÍA NATURAL. También existen libreros que actúan sobre los lectores, elevándoles la puntería, ahorrándoles rodeos, despertándoles vocaciones o descubriéndoles libros, que la urgenica, oculta. No podemos dejar pasar por alto a un hombre que vende libros de psiquiatría y psicología, Enrique Arias, cuya extrema sensibilidad y lucidez es una garantía para el principiante o el iniciado, como guía bibliográfica; no sólo conoce los libros por las tapas, sino por dentro. Otro librero, más culto que erudito, es Gerardo Zanotti, al igual que Antonio Rego, cuyo fino humorismo y descreimiento editorial, lo ha hecho, por contrafigura, un galeote del libro; Agustín Villar, de Tandil, y Omar Estrella, de Tucumán, que han hecho de su vocación el quehacer diario, vendiendo libros. Carlos María Quinodoz, de Entre Ríos, que llegó al libro por la pasión de su vida: la política. Héctor Yannover que divide el tiempo entre Las Musas y Mercurio. Román Pardo, Héctor M. Cohan y algunos injustamente olvidados, pertenecen a esa estirpe de los que llegan a las cosas por la vía natural: la curiosidad intelectual.

EN EL PECADO ESTÁ LA PENITENCIA. Si existe una profesión que no se debe improvisar, es la del librero. A pesar de ello, un desocupado sin oficio o profesión; náufrago de muchas tormentas, recala en la librería como en la editorial[71], llegando a casos en que la anécdota retrata de cuerpo entero a los advenedizos del oficio. En una oportunidad entró un comprador a una librería y le pidió al vendedor el libro de Stefan Zweig *El Mundo de Ayer*. El vendedor, sin

titubear, le aclaró rápidamente: —No vendemos diarios atrasados—. Pero el suceso más desolador, en cuyo pecado está la penitencia, fue la de aquel veterano librero, ya desaparecido, que allá por el Centenario adquirió la biblioteca de Gabriel Carrasco, desparramándola luego en su negocio, hasta que pocos días después, justamente el 25 de Mayo, mientras la Infanta Isabel paseaba su adhesión a las fiestas patrias por las calles de Buenos Aires, penetraba en la librería uno de esos husmeadores solitarios, desprendidos de todo contacto humano; revolviendo y hojeando, de pronto pidió el precio de un libraco voluminoso y destartalado, que halló sobre un armario, apilado con otras obras. El librero le pidió 100 pesos; el candidato regateó, le pareció "caro", cerrándose por fin la operación en 80 pesos, marchándose rápidamente el comprador solitario. A los tres días Buenos Aires quedó estupefacta por una noticia publicada en los diarios de la tarde: "En una librería de "viejos" se había adquirido una *Biblia Gutenberg* a 80 nacionales por la cual pagaría 10.000 libras esterlinas el Museo Británico". Y así fue. La Biblia está, desde entonces, en dicho Museo.

A este librero, la longevidad —desapareció hace unos meses, casi a los 100 años — le permitió acumular un rico anecdotario. Y la predestinación quiso que por su mano no sólo pasara la Biblia que imprimiera Gutenberg, sino que le tocara domar a un altivo y díscolo empleado, cuya furia se descargaba pateando cuanto libro hallaba a su paso. El librero entonces le imponía tareas serviles; pero, un día, el empleado se vengó. Y escribió entre muchas "aguafuertes" y libros, uno: *El Juguete Rabioso*, pintando la sórdida familia del librero. Roberto Arlt, se arrepentiría ya hombre, y un día que halló en la calle al hijo del librero, se disculpó: "Pibe, perdoname, pero tu viejo me hizo famoso". La figura patriarcal de Don Rafael Palumbo, ofrecía blancos a la crítica —quien se libra de ello— pero fue fiel y consecuente con su oficio de "librovejero".

SIERRA MORENA. La decadencia de la prosperidad editorial que comienza a sentirse en 1950, inaugura un auge y una modalidad de las librerías de Buenos Aires: la *mesa de saldo*. Este método lo crea la librería "Anaconda" liquidando 3 libros por 10 pesos. No sólo termina su gran "stock" sino que su propietario adquiere el fondo editorial de las empresas que han sufrido el "crac": "Futuro", "Ayacueho", "Lautaro", "Poseidón", "Argonauta", "Coepla", "Argos". A "Anaconda" le siguen las librerías de la calle Corrientes, que bien pronto obtienen el apoyo del público comprador, convertido entonces en fuerte consumidor de todo. Hasta de libros. La librería empieza a ser negocio. Un buen negocio. Y como siempre ocurre, ante un hecho auspicioso, se establecen más de las necesarias; están las bien instaladas, hasta las que son mero barracones de libros apilados. Trabajan día y noche. Sábado y domingo, agotando los "stoks" de las editoriales fundidas. Es cuando aparece otra modalidad muy "*sui generis*". Se comienza a editar especialmente para las mesas de saldo, que ya han invadido el país. El librero ya no

compra 1 o 2 ejemplares de la “novedad”, sino ediciones enteras, 3, 5, 10 mil ejemplares que luego reducirá en las *mesas* de su negocio y por vía de otro estilo “envilecedor”: el “canje”.

ARISTÓCRATAS Y FILISTEOS. El negocio del libro adquiere una forma nueva de industrialización y comercialización. A esta forma, la gente que constituía la “élite” del negocio editorial la llamó “delincuencia”, “hampa”. El periodismo llegó a hablar del submundo del libro. Algunos autores se rasgaron las vestiduras, clamando en la vorágine, lo bajo que había caído la *cultura*. Mientras tanto, la calle Corrientes, encarnaba un poco la Sierra Morena del libro, compuesta por libreros y pequeños editores.

Lo que no advirtieron los fiscales de la salud editorial, es que aquella fue una etapa necesaria; por medio de maneras pecaminosas, si así les place, se mantuvo una producción y el control del mercado interno que no supieron mantener los editores ortodoxos. El libro se abarató sustancialmente —cosa que a muchos no agrada— por la veloz comercialización, que los bajos precios, provocaba. Los hombres que cumplieron esa etapa merecieron juicios difamatorios; el tiempo ha demostrado que quienes los enjuiciaron lo hicieron por incapacidad o por complicidad con intereses más subalternos; lo prueba la invasión actual de libros extranjeros en todas las librerías del país. No es casual que por ese entonces la Cámara Argentina del Libro[72], en una hábil y envolvente operación, rodeara a los hombres de la “calle Corrientes” que se agrupaban en otra cámara —“Sociedad Argentina de Editores”— y la instara a refundirse en una sola, desapareciendo así “S.A.E.”, neutralizando de esta manera la acción de los libreros y editores más modestos y combativos, con más sentido realista y sin compromisos con la producción hispana[73].

A LA BÚSQUEDA DEL TIEMPO PERDIDO. Los hombres de esa época declinaron junto con el negocio del libro, que cayó con la política de subconsumo inaugurada por el gobierno que tomó el poder en 1958. No sabiendo adaptarse a las nuevas circunstancias, que volvía a hacer del libro un artículo de minorías y no de masas, como lo fue del 50 al 56, pierden la modesta conducción, y absortos ven desfilar a los ex clientes por la calle Corrientes, sin entrar siquiera a revolver las *mesas*. El libro vuelve por sus perdidos prestigios. Se adecenta su presentación y se produce, aunque en tirajes mínimos, de manera homogénea. Con sentido de especialización y sistematización del conocimiento, las artes, la política, lo social. Los libreros de la calle Corrientes, se asombran de los nuevos precios de los libros, y no atinan a pensar quien los adquirirá. No tienen clientela, ni nunca se preocuparon de hacerla, formados en el vértigo de las cifras y de las ventas masivas. La hora de la especialización y la dedicación había llegado, pero no para ellos. Y abandonaron el

terreno añorando el pasado o languidecen esperando el retorno del tiempo ido, que cada vez se hace más distante.

De aquella época, de avidez y lucha intensa, quedó un tipo de vendedor de libros, más comerciante que profesional. Profesión la del librero, como la del médico, a la que no sólo hace falta la base teórica sino la experiencia de años y un entrenamiento diario. Aún hoy, este oficio carece de un organismo gremial que vele por su capacitación, calificación profesional y remuneraciones acordes con éstas.

REFLEXIONES FINALES

I

Los rasgos esenciales que distinguen a los hombres entre sí, se agrupan tan solo en dos actitudes: la acción y la expresión. *El soldado, el atleta, el estadista, el investigador, el médico o el ingeniero son los ejemplos que tenemos a mano de los que actúan; el pintor, el músico, el poeta y el pensador, de los que se expresan. El libro para estos últimos, es la natural forma de actuar, en tanto los primeros, cuya actitud vital dista mucho del recogimiento y la meditación, culminan la acción de toda una vida, con un libro.*

En nuestra diaria actividad, siempre hemos dicho que "cada persona viene con un "original" bajo el brazo". No hay ocasión, que al descubrir nuestro oficio, no se nos proponga leer un poema, una novela o un ensayo inédito; lo que dice de la necesidad de expresarse por medio del lenguaje, de la especie humana; los músicos, los pintores, los bailarines y tantos otros artistas cuya expresión es su arte mismo, se sienten completos recién cuando escriben sus experiencias, sus conocimientos, sus recuerdos.

Esta general atracción por el libro, contribuye a hacer intransitable su camino por parte de quienes buscan en él, al maestro permanente y generoso. El decantamiento lento y fatigoso de la genuina lectura, será siempre superada por la velocidad reproductora de la industria de la cultura, que no ocultan ni tienen empacho en manifestar quienes la representan, que no son empresas de bien público; todo lo que resulte en bien de la cultura, sería una mera coincidencia. Le queda, pues, al Estado, la función de producir cultura a "pérdida", aparentemente.

Contamos nosotros, amén de los organismos internacionales con sus respectivas secciones culturales como son las de la O.E.A. y UNESCO, con dos organismos oficiales para tales fines: Fondo Nacional de las Artes y el apéndice editorial de la ex Dirección General de Cultura, que creara durante su dirección, Héctor Blas González y que aparecieron con el sello de Ediciones Culturales Argentinas: libros dignos y por sobre todo, a un precio "social" que hacía posible su adquisición a grandes sectores de público, cosa que provocó las maniobras especuladoras de algunos libreros, adquiriendo grandes cantidades para "agotarlos" y luego poner el precio que ellos estimaban conveniente. Asimismo contamos con las secciones o departamentos editoriales de la Universidad de Buenos Aires, La Plata, del Sur (Bahía Blanca), Mendoza, del Litoral, Córdoba, etc.; esta enumeración no concuerda con las escasas o ninguna noticia que tenemos de sus publicaciones, reducida su información al severo ámbito universitario respectivo.

Con respecto al Fondo Nacional de las Artes, podemos comparar su función a ese infausto organismo fundado por damas, que tenían más de caritativas que de

promotoras de la inteligencia, que allá por el año 1893 crearon, en nuestro país, la Sociedad Hermanas de los Desgraciados, *más tarde rebautizada como* Sociedad Proteccionista Intelectual, a los fines de evitar malévolas interpretaciones. Dicho "Fondo", generosa fuente de becas, a nueve años de su fundación, no ha promovido o auspiciado una tarea editorial que suscite el mediano interés para la búsqueda y obtención de sus obras, como ocurre ordinariamente con las ediciones de empresas privadas o las ya mencionadas Ediciones Culturales Argentinas. La razón estribaría en que los libros que auspicia este organismo, no reunen las condiciones mínimas de interés que exige toda comercialización; pero también debemos tener en cuenta que el público es orientado en el consumo de cultura, por las empresas comerciales, más organizadas para vender que preparadas para producir.

II

Para terminar, queremos acotar un fenómeno que es en cierta forma el corolario de estos apuntes: la cultura que expresan los libros argentinos no responden al proceso de estratificación que sucede en todo hecho histórico-cultural, en que por sobre todas las contradicciones de sus partes, existe una totalidad coherente y unitaria, que es el rasgo distintivo de una raza, de un pueblo, de una nacionalidad. Los estratos de nuestra cultura, ya sea por razones étnicas, sociales o económicas, aparece dicotomizada verticalmente en bandos; así es como tenemos dos o tres interpretaciones históricas, tres o cuatro económicas; otras tantas sociológicas, e infinidad de actitudes morales y un caótico pensamiento político que nos incapacita para querer o aborrecer, colectivamente, como pueblo.

Los libros para élites, tanto como para la burguesía, la clase media o las clases populares argentinas, no son ya las expresiones de una cultura dichas en distinto tono, sino aspectos enfrentados, cuando no mutuamente ignorados, fruto de un espíritu nacional fragmentado, en la búsqueda inconsciente de su carácter definitivo y de la voluntad de ser.

III

Hasta aquí un panorama del libro como fenómeno social; quienes lo conciben, los móviles que lo impulsan, cómo circula, quiénes lo consumen. Esta reseña que la sabemos incompleta, apresurada por el oficio que no deja mucho tiempo para el estudio y la meditación, creemos que tiene el modesto mérito de esbozar un esquema para futuros trabajos, sobre todo en aquellas personas mejor preparadas para abordar la sociología de la cultura.

El "hecho editorial", ya sea como depositario o trasmisor de cultura, como producto híbrido, como simulación, artificio o factor degradante, es un fenómeno social de permanente presión sobre el individuo, así éste no haya leído jamás un libro. Infinidad de veces escuchamos a personas, que sin informarse más allá de los

titulares de los diarios, rezuman modernos conceptos e ideas expresadas en libros que alguien, indudablemente, leyó. El marxismo es el clima natural que respira todo el mundo; sus detractores se expresan en el mismo lenguaje e imágenes, cuando no, la hacen suyas: sin embargo, desconfiamos que "todo el mundo" haya leído o lea El Capital, *lo que, para los propios marxistas, es un hueso duro de roer*.

Subestimar el libro por que pocos lo lean, es desconocer la capacidad explosiva y expansiva de las ideas, tanto religiosas, políticas, económicas como filosóficas, es decir, las distintas corrientes culturales, muchas de ellas recíprocamente rechazadas y denostadas entre sí, pero que tienen su razón de ser en la raíz misma del temperamento o la inteligencia del hombre. Así como la locura es la exacerbación de los rasgos normales del hombre, éste "sistematiza su delirio" sobre una base de verdad o razón, alrededor de la cual se construye un sistema que el tiempo y la inercia, hipertrofian. Descascarar las locuras sistematizadas de los que nos tenemos por sanos, además de constituir una apasionante aventura, es una saludable medida de higiene mental y emocional.

ARTURO PEÑA LILLO Nació en Valparaiso (Chile) en 1917. Desde 1919 vivió en la Argentina, donde murió en 2009.

Gráfico, librero (creador, en el año 1950, de un sistema racional de venta de libros —"La Microteca"— a través de quioscos de diarios y revistas) y editor (fundador de varios sellos editoriales —"Peña, Del Giúdice", "Alpe"—). Es en esta labor donde se arraiga, definitivamente, y la sigla APL, junto a su nombre y apellido, se convierte en el epicentro que concilia y canaliza el pensamiento argentino con una izquierda de los partidos tradicionales, cuya síntesis lógica es la *izquierda nacional*, "precipitada" por los autores que desde 1954 publican con su sello. Ernesto Palacio, J. A. Ramos, J. M. Rosa, E. Astesano, A. Jauretche, A. Cambours Ocampo, Fermín Chávez, Jorge Del Río y tantos más, dieron a su catálogo una indudable tónica *nacional*, que lleva al General Rauch, durante su gestión como Ministro del Interior, a ordenar el secuestro de sus ediciones, especialmente la colección "La Siringa". Curioso episodio que muestra el estado de "confusión" de algunas mentalidades dirigentes, y confirma —una vez más— el hecho insólito y cavernario de discutir las ideas con decretos.

El autor de Los *Encantadores de Serpientes*, después de 25 años de experiencia en las distintas dimensiones del libro —como mercancía, como bien de producción, como obra del espíritu—, se mantiene con particular interés a estudiarlo como *valor sociológico*; valor que lo inquieta y es —junto con el insistente pedido de sus amigos, que conocíamos algunos capítulos— lo que decide la publicación de este trabajo.

No es raro ver como un escritor se convierte en editor; lo que resulta sorprendente, es

ver como un editor se transforma en escritor. Esto último ocurre con APL. Y la sorpresa aumentará, cuando el lector se encuentre con un estilo sin rebuscamientos, original y conciso; cuando se enfrente con un ensayista auténtico, de firmes ideas en el terreno político, cultural y sociológico, que manifiesta su pensamiento con honradez y valentía.

Notas

[1] Editar del latín *editum*, supino de edere, sacar a luz. "…pero la idea de la edición había tomado forma y sustancia. Es interesante notar que los romanos acudieron para denominarla a la raíz del verbo edere, que quiere decir "dar a luz, parir". R. Escarpit - *Sociología de la literatura*. Fabril Editora. Bs. Aires. <<

[2] “Mitre en su estudio sobre los *Orígenes de la Imprenta Argentina* dice cabalmente: “La aparición de la imprenta en el Río de la Plata es un caso singular en la historia de la tipografía después del invento de Guttenberg. No fue importada: fue una creación original. Nació o renació en medio de selvas vírgenes, como una Minerva indígena armada de todas sus piezas, con tipos de su fabricación, manejada por indios salvajes recientemente reducidos a la vida civilizada”. Félix de Ugarteche - *La Imprenta Argentina. Su origen y desarrollo*. Buenos Aires, 1929. <<

[3] Félix de Ugarteche. Ob. cit. <<

[4] Raúl M. Rosarivo, *Historia General del Libro Impreso*. Ediciones Aurea. Buenos Aires, 1964. <<

[5] Domingo Buonocore - *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires* - El Ateneo. Buenos Aires, 1944. <<

[6] Conversando con los hijos de José Ingenieros se nos confirmó este anhelo del editor de “La Cultura Argentina”. <<

[7] Luis Soler Cañas, “El centenario de una iniciativa cultural”. “La Prensa”, Buenos Aires, 2 de Enero de 1955. <<

[8] Domingo Buonocore - Ob. cit. <<

[9] Debemos hacer notar que Ingenieros no funda una editorial para publicarse a sí mismo. Sus libros como *El hombre mediocre, Criminología, Principios de Psicología* son editados en España por Renacimiento el primero y por Daniel Jorro los siguientes, no existiendo en la larga lista de títulos de “La Cultura Argentina” un solo título suyo. <<

[10] *Frente a una Crisis de la Industria Editorial*, Cámara Argentina del Libro. Buenos Aires, 1947. <<

[11] *Doce Monografías sobre el Libro Español*, Buenos Aires, 1933. <<

[12] Gustavo Gili Roig, *Bosquejo de una Política del Libro*, Barcelona, 1944. <<

[13] Domingo Buonocore, *Vocabulario Bibliográfico*. Librería y Editorial Castellvi S.A., Santa Fe, 1952, <<

[14] Ob. cit. <<

[15] Nos referimos a la idea estereotipada que ha desdeñado a nuestros escritores, como a todo lo propio. <<

[16] Gregorio Marañón, *El libro y el librero*, Espasa-Calpe, Madrid, 1953. <<

[17] V. Kella y M. Kovalzon, *Formas de la Conciencia Social*, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1962. <<

[18] *Encyclopedie ou Dictionnavre raisonné des Science, des Arte et des Métiers*, París, 1751-1780. <<

[19] “El Correo”, Unesco, 1959. <<

[20] H. Pratt Fairchild, *Diccionario de Sociología*. Fondo de Cultura Económica, México, 1949. <<

[21] L. C., Alen Lascano, *Imperialismo y Comercio Libre*, “La Siringa”, N° 27, Buenos Aires, 1964. <<

[22] Enseñanzas Básicas de los Grandes Economistas, por J. W. Mc. Connell, TEA. Bs. As., 1961. <<

[23] Premio Nacional. <<

[24] Este libro se está traduciendo en EE.UU., para ser publicado por University of Texas Press. Ya nos imaginamos el concepto que se formarán de nosotros, los estadounidenses, a través de un libro que debe entenderse, comprendiendo la carga de frustración personal como desadaptación a la realidad que rodeó a Ezequiel Martínez Estrada. <<

[25] Los coleccionistas estiman las piezas, entre otras cosas, en razón de su “virginidad”, es decir, por no haber sido abiertas las páginas del libro, manteniéndolos ellos a su vez en esas condiciones para que no pierdan su “valor”. <<

[26] El registro obligatorio determinado por la ley 11.723 no refleja ni aproximadamente los títulos que se editan y menos las tiradas de las obras registradas. Reconoce esto R. H. Bottaro en "*La Edición de libros en Argentina*", Troquel, Bs. Aires, 1964. La razón de falsear la declaración de los tirajes obedece al 1/2 por 1.000 que se debe abonar sobre el precio de "tapa" de la tirada total. Y la omisión lisa y llana del registro se debe tanto a la desaprensión que nos caracteriza como a la lenidad de la ley misma que dispone la obligatoriedad del depósito. Esta gravísima omisión —que pronto deberá subsanarse— sustrae material bibliográfico a la Biblioteca Nacional e información bibliográfica para confeccionar los catálogos a los que algún día deberán abocarse los organismos competentes si es que a nuestra cultura pretendemos darle alguna organicidad y el tratamiento respetuoso por parte de quienes son designados para esa labor. <<

[27] J. R. Hicks y A. G. Hart, *Estructura de la Economía*, Fondo de Cultura Económica. México, 1950. <<

[28] José Ortega y Gasset, *El Libro de las Misiones*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1950. <<

[29] Adolfo Prieto - *Sociología del Público Argentino*, Ediciones Leviatan, Buenos Aires, 1956. <<

[30] El 31 de octubre de 1955. Pocos días después se modificaba la ley llevándose a 50 años. <<

[31] En la literatura es donde fracasa a menudo el escritor nacional no así en el ensayo histórico, biográfico, social o económico. *Cuatro años Después* de Antonio Cafiero, un libro rigurosamente especializado en economía, en pocos meses agotó 3.000 ejemplares. Igual cosa ocurrió con el libro de Aldo Ferrer *La Economía Argentina*, lo cual no quiere decir que hayan tantos especialistas, sino público lector capaz de abordar el tema. <<

[32] Téngase en cuenta la política dual española en materia editorial: editar para la exportación libros que no se permiten vender dentro del país y prohibir la entrada de libros que ellos remitirían sin empacho a otros países. <<

[33] Es una vieja y conocida consigna la de los libreros del resto de América a nuestros editores: “no manden libros de autores argentinos”. <<

[34] Plan Farmington. <<

[35] Este libro fue rechazado para su publicación en EE.UU. e Inglaterra, publicándose solamente en Suecia, Francia y la Argentina. <<

[36] El comentario publicado bajo el título de *La Vigésimoquinta Hora* el día 23 de julio de 1950 tenía el desacostumbrado espacio para estos casos, de más de 80 centímetros, a tres columnas. <<

[37] Fervoroso admirador del régimen de entonces, este señor volcó luego su pasión por la Revolución Libertadora, con el mismo calor que antes había sostenido al peronismo. <<

[38] Raúl H. Castagnino, *¿Qué es Literatura?*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1958. <<

[39] Mejor venta. <<

[40] J. J. Sebrelli, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Ediciones Siglo Veinte, 1.ª edición. Bs. Aires 1964. <<

[41] J. P. Pavlov, *Los reflejos condicionados aplicados a lo psiquiatría y a la psicopatología*. (En prensa). Buenos Aires, 1965. <<

[42] Jorge Abelardo Ramos, *Crisis y Resurrección de la Literatura Argentina*, Editorial Indoamérica, Buenos Aires, 1954. <<

[43] J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y Cultura. La inteligencia en la política Argentina*, Editorial Amerindia, Buenos Aires, 1957. <<

[44] Héctor P. Agosti, *Para una política de la Cultura*, Ediciones Procyon, Buenos Aires, 1956. <<

[45] Gina Lombroso en su libro *El Alma de la Mujer*, explica por qué se da el acto de crear en el hombre y no en la mujer. La mujer se realiza en la maternidad quedando "psiquicamente" satisfecha, mientras en el hombre la satisfacción es transitoria, en tanto dura el acto de crear, renovándose inmediatamente la insatisfacción. <<

[46] V. Nabokov, *Lotita*, *Editorial Sur*, Buenos Aires, 1959. <<

[47] Carlos Aloé acaba de publicar un libro: *Grandeza y decadencia del federalismo Argentino. Su Historia - Su evolución - Su valor*. Se trata de un libro de 646 páginas, que sin haber revolucionado el derecho constitucional, no da pie a la “hilaridad” a que nos tenía acostumbrado, muy por el contrario. <<

[48] Finochietto, Ricardo y Enrique, *Técnica Quirúrgica*, 15 tomos, Ediar, Buenos Aires, 1943. <<

[49] Declaración del autor a “Todo”, Buenos Aires, N.º 7, Noviembre 12 de 1964. <<

[50] Los llamados países subdesarrollados. <<

[51] Raúl H. Bottaro, *La Edición de Libros en Argentina*, Ediciones Troquel, Buenos Aires, 1964. <<

[52] “Primera Plana”, N.° 94, agosto 25 de 1964, Buenos Aires. <<

[53] ¿Quién se acuerda ya de “Cuarto de Despejo”, de Carolina María de Jesús? <<

[54] Marcos Denevi “Segunda carta a un escritor que no escribe”, “Bibliograma”, N° 27, Buenos Aires, 1964. <<

[55] Por decreto ley 6771/63, simultáneamente, como quien dice, “se matan dos pájaros de un tiro”, se gravó el papel tipo “obra” y se desgravó de impuestos, la importación de libros y revistas extranjeras. <<

[56] Editorial del 9 de Agosto de 1964. <<

[57] Durante el interinato Guido el decreto ley 6771/63, que nadie supo, quien era su autor, ni el mismo ministro del ramo, recargó en un 35% los papeles destinados a fines culturales y de interés público. <<

[58] Los *papeleros* nivelan los precios cuando el dólar sube, pero no cuando baja; que a veces ocurrió. <<

[59] Dato extraído de la “Guía del Librero”, editada por la Cámara Argentina de Editoriales Técnicas en 1959. En esta nómina se incluyen las firmas editoras afiliadas a la “Cámara Argentina del libro” como las afiliadas a la “Cámara” anteriormente citada. <<

[60] En una audición televisada, el Sr. Guillermo Kraft, afirmó como director de la empresa que lleva su nombre, la antieconómica operación editorial. <<

[61] Stanley Unwin, *La, verdad sobre el negocio editorial*, Editorial Juventud S. A., Barcelona 1928. <<

[62] Una explicación clara y precisa del Método Dewey y las resistencias que ha suscitado, la hallará el lector en el erudito libro de Domingo Buonocore *Tratado de Bibliotecalogía*. <<

[63] En el mes de octubre de 1964 se inauguraron 5 estafetas de correo dentro de otras tantas librerías animados por la intención de que el público, entre estampillas y certificadas, descubra la existencia del libro. <<

[64] Los importadores de libros españoles realizan la maniobra recibiendo el libro cotizado a $ 2.30 por cada peseta, para luego cotizarla para la venta en nuestra plaza a 3.60, 4 y 5 pesos moneda nacional. Luego, ese dinero no se gira; se “paga” con libros argentinos que se exportan. Entre ese ir y venir, en tanto los paquetes no pasan por la Aduana, sino por el Correo, en paquetes postales —por lo que luchan con denuedo los importadores y exportadores—, se introducen mantillas y manteles españoles. Se intentó también hacerlo con el codiciado azafrán hispano; pero su penetrante olor, los delató. Otra estafa con el libro se realizó remitiendo a Chile paquetes de libros, adquiridos por centavos, pero visados como importantes y de precio, que el gobierno trasandino reembolsaba en dólares a cambio preferencial. Hace unos 14 años en Uruguay faltaron las hojas de afeitar. Desde acá se les remitió, en graves paquetes de libros y jugoso margen, tan importante instrumento para la higiene masculina. <<

[65] Banco de Italia y Río de la Plata es el grupo financiero que controla varias compañías de seguros, Fabril Financiera (ex Compañía General de Fósforos) y Compañía Fabril Editora. <<

[66] Un ejemplo de lo que afirmamos es el proceso de traducción que está llevando a cabo Wenceslao Roces con *Fenomenología del Espíritu* de Hegel. <<

[67] Contra entrega de una oreja de indio se pagaba una libra esterlina. <<

[68] J. M. Borrero, *La Patagonia Trágica, Asesinatos, piratería y esclavitud*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Puiente. <<

[69] José Ortega y Gasset, *Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee*, Rev. de Occidente. Madrid, 1960. <<

[70] Sr. Sinesio Monroy, gerente de la Librería “Fausto”. Hemos sometido esta opinión al juicio del Sr. Enrique Ostornol, gerente de la Librería “Ulises”, quien, sostuvo que la acción de un vendedor está circunscripta a la influencia sobre muy pocas personas, que buscan asesoramiento y a algunos clientes amigos, cantidad de personas que, por su reducido número, no hacen al negocio editorial, por más simpatía que se le dispense a un determinado libro; agréguese a esto la cantidad de “novedades” publicadas diariamente, dispersando la atención del librero, concluye por ser una promoción muy pobre. Con respecto al deliberado “silenciamiento” o ignorancia de determinadas obras y sellos editoriales, con el secreto ánimo de que se fundan, o desaparezcan, ya es una cuestión personal del librero, que especula con la posibilidad de hacerse, sobre todo aquellas librerías que hacen liquidaciones periódicas, en un futuro, de esos libros a vil precio. Pero, también, existen personas —de alguna manera debemos llamarlas— que echan colillas de cigarrillos en los buzones, o tajean el tapizado del transporte. <<

[71] Quien esto escribe, despedido durante una huelga gráfica en 1940, se improvisó en librero; luego editor. Consideramos que estas profesiones debieran ser desempeñadas por quienes están en condiciones de hacerlo; pero nuestros intelectuales se sienten menoscabados al ejercerlo. <<

[72] A la Cámara Argentina del Libro, los más intencionados la llaman la Cámara Española del Libro. <<

[73] En el año 1957 vuelve a formarse con las mismas personas lo que actualmente es Cámara de Editoriales Técnicas, siempre bajo el señero y laborioso comando de Raúl M. Castromán. <<